

ISSN: 2992-7781

grafógrafxs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

VOL. 6, NÚM. 4 • OCTUBRE-DICIEMBRE 2024



las poetas de

Entrevistas exclusivas

grafógrafxs

en nuestro canal de
YouTube:
Grafógrafxs UAEM

¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Doctor en Administración

Grafógrafxs, volumen 6, número 4, octubre-diciembre de 2024, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: 2992-7781, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Lizbeth Rodea Martínez

Erika Janiz Morales Velázquez

Karla Marlene Correa Ramírez

Ricardo Yael Aguilar Berlanga

COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza †

Xitlailt Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

- | | | | |
|----|--|----|--|
| 5 | CUATRO POEMAS
Jacques Roubaud | 33 | EL ASEREJÉ
Mariana Rosas Giacomán |
| 9 | REPOSAN MIS OJOS EN UN VASO
DE FORMOL (FRAGMENTO)
Rogelio Pineda Rojas | 46 | MINA
César Bañuelos |
| 22 | EL PADRE DE LYDIA DAVIS
SE ESTÁ MURIENDO
Josemaría Camacho Sevilla | 57 | CUATRO POEMAS
Jorge Orlando Correa |
| 26 | CINCO POEMAS DEL LIBRO
DOS MUERTES
Julia Bac | 61 | EN GUADALCANAL |
| 29 | SÓLO UN ESTADOUNIDENSE
Mandy Shunnarah | 66 | MI BLURBGRAFÍA
Mario Verdugo |
| 31 | LA IDEA SALIÓ MAL
Basman Aldirawi | 71 | SEÑORES
Lolbé González |
| | | 73 | JARDÍN DELANTERO, UNA PLEGARIA
DE HIERBA
Adelle Stripe y Lias Saoudi |
| | | 79 | LIBROS Y LECTURAS
Jaime Pinos |

Ilustración en portada y contraportada:

Sunrise (2018). Impresión polícroma,
49 cm x 40 cm. Pelayo Del Villar.

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

En hebreo me llamo Anshel
Gerardo Villanueva

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas, y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

Cuatro poemas*

Jacques Roubaud

Composición rítmica abstracta para palomas y poeta

Estaba sentado sobre el banco, que seguía húmedo, bajo el sol.

Las nubes se lanzaban, con su sombra por delante, sobre la hierba,
hacia los siete chopos ingleses.

Te veía, en la ventana, despierta, desnuda, con el sol.

Te observaba. lo oscuro. lo negro. lo negro en calma sobre el punto
vivo. de tu vientre.

Golpeaba la hierba con mi pie. las doce palomas se elevaban un
metro y luego volvían a posarse.

Golpeaba la hierba con mi pie. las doce palomas se elevaban un
metro y luego volvían a posarse.

Te observaba. lo oscuro. lo negro. lo negro que se posaba, espeso,
sobre el punto. vivo. de tu vientre. estaba sentado sobre el banco,

* Estos poemas forman parte del libro *Quelque chose noir* [*Algo negro*] (Gallimard, 1986).

que seguía húmedo. bajo el sol. las nubes se lanzaban, con su sombra por delante, sobre la hierba. hacia los siete chopos ingleses.

Golpeaba la hierba con mi pie. las doce palomas se elevaban un metro. luego volvían a posarse.

Afasia

Jakobson dice que la afasia devora el lenguaje en sentido contrario a su adquisición. Las articulaciones más recientes son las primeras en partir.

Una boca comienza a deshacerse por los labios.

Pienso lo mismo del verso. las reglas del verso desaparecen una a una en su destrucción, siguiendo —también— un orden afásico. Como si los poetas deshicieran su edificio piso por piso. Sin dinamitarlo de golpe.

Permanecí enteramente callado después de tu muerte.

No pude hablar durante casi treinta meses.

No podía hablar en mi forma de decir, que es la poesía.

Había empezado a hablar, en poesía, veintidós años antes.

Aquello ocurrió después de otra muerte.

Antes de esa otra muerte, yo no sabía cómo decir. estaba como mudo. Así: atrapado entre dos «orillas» de la muerte.

El tiempo que tuvimos en el mundo

El tiempo que tuvimos en el mundo

Destrozado en fotografías que aguardan una restauración futura. breve frente a mis ojos. qué breve fue.

Estaba incompleto, pero no tenía límites.

Luz que encoge la ventana que condensa la película que comprime la puerta que refracta el hielo que encoge la ventana *and so on*.

Rizos de cierta luz y cierta música.

Glenn Gould Brian Eno Anthony Braxton.

Memoria vacilante de sílabas que caen desde otro idioma

Y hacia nosotros

Algo como «nos faltó tiempo».

En este árbol

Baja y duérmete en este árbol, en este árbol.
 Reposas la tierra en este árbol, en este árbol.
 Recibe la tierra en este árbol, en este árbol.
 Desinventa el negro en este árbol, en este árbol.
 Reconstruye piernas en este árbol, en este árbol.
 Rechaza los polvos en este árbol, en este árbol.
 Corta la luz en este árbol, en este árbol.
 Desborda las órbitas en este árbol, en este árbol.
 Escribe, escribe tú que estás viva en este árbol.

Traducción de Rodrigo Círigo

JACQUES ROUBAUD (Caluire-et-Cuire, Francia, 1932). Es doctor en Matemáticas y Literatura. Ha publicado más de cincuenta libros de poesía, ensayo, narrativa y traducción literaria, que le han merecido diversos premios, como el Grand Prix National de la Poésie (1990); el Grand Prix de Littérature Paul Morand de l'Académie Française (2008), y el Prix Goncourt (2021), por el conjunto de su obra. Es uno de los miembros del Oulipo (Ouvrier de Littérature Potentielle o Taller de Literatura Potencial), que fundaron Raymond Queneau y François Le Lionnais.

***Reposan mis ojos en un vaso
de formol****
(fragmento)

Rogelio Pineda Rojas

Fue paulatino, sin comienzo preciso ni fecha de la que pueda asirme para recordar cuándo este síndrome se apoderó de mis ojos hasta prácticamente encegüerme. Padecimiento por el que ahora cuento esta historia mediante notas de voz grabadas en mi celular. ¿Cómo inicio, Santiago? ¿Presentándome? Soy Raymundo Félix, tengo treinta y ocho años, vivo con sobrepeso y estoy calvo..., sin embargo, soy muy hábil para plasmar pintorescas descripciones físicas (lo digo irónicamente, claro está).

Hasta hace poco vivía del cuidado ortotipográfico y de la redacción de textos para una editorial de presencia en todo el mundo. Aunque ya no colaboro con esta desde que semanas atrás me fue imposible continuar corrigiendo sus originales, que enviaba después a maquetación, y revisar las pruebas finas de sus libros en busca de callejones, huérfanas o viudas, por lo que, desempleado, sobrevivo de ahorros en este momento, no mencionaré su nombre, pues conservo la esperanza de que algún día me llame de nuevo a sus filas.

Ese dato será el único que me reservaré en la siguiente historia. Este y ningún otro, pues me arrancaré poco a poco las prendas y quedaré sin taparrabos ante tus ojos. Tienes razón, Santiago. La

* Este texto forma parte de la novela inédita *Reposan mis ojos en un vaso de formol*.

imagen es extraña. Lo que quiero decir es que puedes estar seguro, tal y como lo sugeriste, de que contaré todo sobre mí; a veces con nostalgia, y otras más con voyerismo cínico. Busco con esto encarar mi nueva condición, una vida secuestrada por la ceguera futura, ahogada en gotas oftálmicas y miedo; y al miedo se le afronta con luz, del mismo modo que lo haría un niño que apuntara su linterna hacia los atemorizantes escondrijos adentro del clóset.

Y porque lo único que me resta de aquella luz se encuentra en el pasado, de este hablaré. ¿Acaso no es el recuerdo el reposo para los ciegos? Tal vez sí.

Pero basta ya, comencemos. Hoy es el primer día de cuarenta de tratamiento y si este no funciona, temo pensar que estoy condenado a la ceguera. Sin embargo, antes de que la oftalmía aparezca, hablaré contigo.

Mi padecimiento se llama «ojo seco» y consiste en que la calidad de mis lágrimas ha menguado en los últimos seis o siete años debido a la cirugía refractiva con técnica LASIK que me practicaron en 2011. Y es que si bien esta operación te permite recuperar la vista tal y como la tenías cuando viniste al mundo (siempre que hayas sido un niño de mirada poderosa, libre de miopía neonatal o retinitis pigmentaria), incumple por desgracia el principio hipocrático de «primero no hacer daño».

La cirugía refractiva lesiona las terminaciones nerviosas oculares cuando corta el colgajo, una laminilla de la córnea, por donde el láser atraviesa para aplanar el ojo (la miopía es el alargamiento del ojo: achatarlo mejora la vista). Sin embargo, después de esto, entre otras posibles complicaciones, además de dolor crónico, miodesopsias, deslumbramientos, infecciones y ectasia, los globos oculares nunca más serán sensibles a los efectos ambientales. Liberarán poco aceite lubricante a través de los párpados y con ello comenzará un síndrome en el que, sin la humedad suficiente,

encargada de lavar el ojo, las glándulas de Meibomio en los párpados se taponarán con el polvo u otros residuos. Lo que a la larga las obstruirá y con ello sobrevendrá el ojo seco, que provoca irritación, ardor, sensación de arenilla, fotofobia y, en casos severos y de no controlarse, rasgaduras en la córnea. Además de vista borrosa y susceptibilidad a las alergias.

Dicha complicación de la cirugía refractiva es menospreciada por los oftalmólogos. Al menos, yo no recuerdo ninguna advertencia firme al respecto antes de operarme y, créeme, Santiago, vaya que vuelvo a diario a esa ocasión cuando la doctora Torres me dijo que yo era candidato a la cirugía:

—¿Es segura?

—Nada es ciento por ciento seguro en medicina.

—No me va a dejar ciego, ¿verdad? En unos años no tendré problemas, ¿verdad?

—Félix, esos comentarios no vienen al caso. Debes confiar.

Quisiera retroceder en el tiempo, introducirme en el calendario de la computadora y, de igual manera que si se tratara del sistema operativo de Windows, restaurar mi vida en una fecha anterior a aquella, una en la que revirtiera la cirugía. Y es que de las complicaciones a largo plazo no te dicen nada. Pareciera que los oftalmólogos se ponen de acuerdo para minimizar el ojo seco posterior a LASIK y, cuando los cuestionas, como en mi caso, te mandan a casa con una receta para comprar lágrimas artificiales que debes ponerte cuatro veces al día, de por vida, como si fuera lo más natural del mundo.

—Raymundo, si te lavas los dientes tres veces a diario, ¿por qué no puedes ponerte unas gotitas?

—Pero ya no seré libre. Me operé para no depender de los anteojos y ahora dependo de un gotero. Además, ¿usted va a comprármelas?

—Ese comentario no viene al caso.

El asunto no es tan sencillo. Antier fui al oftalmólogo porque mis síntomas se han tornado brutales. Las conjuntivas me pican como si constantemente les rociara limón. Tengo los ojos tan irritados que las escleróticas bien podrían confundirse con hemorragias. También sufro ftofobia: la luz de la computadora o de cualquier semáforo me lastima. Percibo cómo se cierran las pupilas, se comprimen dentro de cada ojo, y me duelen tanto que padezco dolores de cabeza. Ante mi situación, el oftalmólogo Sánchez, a quien visité en la clínica donde me operaron (era el único médico disponible, pues la doctora Torres, a cargo de mi cirugía, ya no trabaja ahí, además de que mi expediente curiosamente tampoco existe ya), me dijo:

—Mejorarás en pocos días.

—¿Cuántos días?

—A veces pasa en quince, a veces en cuarenta. Varía de acuerdo con la severidad del ojo seco. Demos el tiempo máximo de recuperación, ¿te parece?

—Pero no soporto el ardor y la luz es dolorosa.

—Del uno al diez, ¿cuánto te duele?

—Nueve punto cinco.

—No es posible, no te veo tan mal.

Tras una llamada telefónica contigo, Santiago, he decidido iniciar este diario del tratamiento que al final tú transcribirás.

—Al menos, si te quedas ciego, tendrás un recuerdo de todo lo que has visto hasta tus treinta y ocho años —ironizaste—, como Acteón, que lo último que vio fue el cuerpazo de Diana.

—¿Quién diablos es Acteón?

—Un cazador soberbio que descubrió a Diana bañándose junto con sus ninfas —me explicaste con esa pedantería de exalumno de la Facultad de Letras, que se asoma de vez en cuando por tus

palabras—. Lo sorprendieron espiándolas y la diosa lo transformó en cervatillo. Nadie en este mundo descubre algo sin perder la inocencia a cambio.

—¿Ese cervatillo era como Bambi?

—Así es, al que los propios podencos de Acteón devoraron porque lo confundieron con una presa. Ni los huesos dejaron. Existe otra versión en la que un hombre se queda ciego por el mismo encuentro, aunque a él Diana lo transforma en pitoniso-hermafrodito.

—¿Qué es un hermafrodito?

—No seas chistoso, Raymundo, sabes bien qué es. Sólo que ese mito es demasiado obvio para tu caso. Además, te faltan tetas, digo, ya las tienes por bofo, pero...

—Basta, te entiendo.

Esta es mi historia, la de un tipo condenado a un futuro que, conforme lo enfoca, se disuelve como sal en el agua. Sumerjémonos entonces en algunos momentos anteriores a mi condición. Prometo que habrá cena, baile y *show*.

* * *

La pelota de basquetbol había parado en la pata de la banca donde Georgina permanecía sentada al lado de la cancha, junto con otros muchachos con uniforme de secundaria. A pesar de que les grité que me pasaran la bolita, ninguno me hizo caso más que ella. Las yemas de sus dedos se hundieron en el caucho rugoso de la pelota y por un momento sentí que acariciaban mi brazo en lugar del balón. Me la extendió y así comenzó todo.

Los inicios amorosos son un parpadeo, un brevísimo impacto que te refresca los ojos, como lluvia. Cuánto desearía que algo parecido en este momento me refrescara las pupilas e hidratara las

membranas más secretas de mis ojos. Sea el recuerdo un remanso para mi dolor de conjuntivas, la pausa en la que aflore el sabor almibarado de la curación.

Me entregó la pelota con una sonrisa por la que asomaron sus dientes apiñados:

—¿Cómo te llamas?

Su voz rasposita me recordó a cuando recién se ha bebido agua fría.

Georgina tenía el cabello corto, más o menos como el de un muchacho. Otras veces, Santiago, te he dicho cuánto me gustan las mujeres de cabello corto. Quizá sea un gusto subconsciente por los hombres que palío con féminas de aspecto hombruno. Total, eso qué importa en nuestros tiempos. Era bajita, vestía una falda de cuadrados que la engordaba más de lo que en realidad era. Su mirada de pestañas espaciadas como pétalos de girasol horadó en segundos el camino de mis brazos hacia su cintura, al calor de su pelvis arrejuntada a la mía durante ese abrazo que significó nuestro noviazgo.

Tengo dieciocho años y doy tumbos por la vida. Estoy a punto de terminar la preparatoria, pero no tengo idea de qué estudiaré después ni las ganas necesarias para conseguir otro empleo, porque acaban de correrme de la tienda de abarrotes donde trabajaba por las tardes después de la preparatoria. Con palabras similares le expliqué a Georgina mi situación. Parada frente a mí, separó las piernas; recargó su peso en el otro pie, en el otro zapato escolar cuya tira al tobillo imaginé que yo desataba con los dientes en tanto permanecía rendido a sus pies. De joven uno fantasea de esa manera, ¿no?, con una lascivia reconocida por toda una generación.

Con los vientres de los ceros rechonchos de tinta azul, en una hoja de cuaderno, me escribió el teléfono de su casa (pocos

utilizaban celular en aquella época). Y a los pocos días de conocernos le llamé para avisarle que iría por ella a la escuela.

Las imágenes fluyen difusas: un carrito de raspados, otro de frutas donde revolotean abejas por encima de un tarro de miel, el clima nuboso con aroma a chicle. Ella se separó de su amiga, otra muchacha aún más rellena, y caminó apresurada a saludarme con un beso que mojó la mitad de mi boca. La sensación fue idéntica a cuando la llave que uno desconocía poseer se introduce en la cerradura y abre la puerta del jardín donde lo esperan una tumbona y una alberca soleada.

Después de ennoviarnos, varias tardes de aquella época fui a buscarla a la escuela, para absorber a través de su cabello el aroma a chicle de esa secundaria tan próxima a la vecindad donde crecí con mi madre Olga (por cierto, debería llamarle por teléfono en un rato... Mmm, mejor no: esta no es su historia).

De esta manera conocí a sus compañeros de salón, adolescentes con los que encajaba bien. Al sentirme tan cómodo con ellos, inmerso en esa alberca metafórica en la que chapoteábamos con libertad, me cuestionaba si no había llegado antes a mi vejez. Es decir, si no había crecido demasiado pronto como para apuñalar mi adolescencia y transformarme en adulto de un tajo. Muchas veces me he sentido así: contento al rodearme de gente más joven, nunca en armonía con los de mi edad. También esto mismo me pasa al otro extremo: aprecio a los viejos, los quiero porque moriré antes de los cincuenta (eso creo) y nunca llegaré a ser como ellos, o porque mi corazón es un búnker retrospectivo, parecido al suyo.

Alguna vez fui con esos muchachos a un departamento en remodelación, propiedad de la madre de uno de ellos. Compramos botellitas de Viña Real y ahí, en parejas, quienes teníamos, o en soledad, una soledad sabor mango con burbujas de alcohol, nos tendimos en los rincones a esperar que la tarde se extinguiera. La

juventud es una espera eterna de la noche, mundo secreto donde manos todavía inexpertas desabrochan brasieres, tiran de cremalleras o se mojan con líquidos sexuales de diverso aroma y sabor.

Bajo esa media luz, tendidos en el suelo y alumbrados apenas con una lámpara sorda, toqué la piel de Georgina. Sólo la cintura, las piernas y la espalda. Así era mi pudor. Temía conducir mis manos más allá de aquellos sitios, pues en aquel tiempo suponía que la manera de respetar a las mujeres era esa. No es que años después les haya faltado al respeto, pero algo adentro de mí —la inexperiencia a mis dieciocho, mi educación cuasicatólica o quizá mi mentalidad, la imbécil mentalidad que me sella la boca para nunca incordiar (la misma que años después ha hecho que me resigne a mi tumba de gotas oculares, debido a que jamás cuestioné a fondo a la oftalmóloga Torres sobre el ojo seco que la cirugía refractiva produce a largo plazo)— propició que aquel faje con Georgina fuera moderado e intenso a la vez, lo cual agradezco.

De otra forma, libre de contradicciones, lo habría olvidado. Resistirme a mi deseo le ha dado vida a Georgina en esta grabación. Necesito hoy en día una fuerza de voluntad semejante para sofocar la lumbre que cada noche, cuando me acuesto a dormir, incendia mis párpados. Ojalá saltara desde ahí al edredón, a las cortinas, a las sillas de plástico de mi departamento, y me achicharrara como peluche.

«Pobre muñeco de peluche, sobrevivieron al fuego sólo sus ojos de canica», dirían los bomberos al hallarme carbonizado.

Las visitas a aquel departamento se repitieron a lo largo de semanas. Los muchachos y yo lanzábamos a la oscuridad suspiros, risas, la motilidad de unos estómagos ansiosos e inexpertos cuya alegría chapaleaba hasta el esternón. Por el departamento había botes de pintura, brochas rígidas semejantes a pedazos de corteza y bancos chorreados de yeso en las recámaras.

—Cortaron la luz para evitar un incendio. O eso me dijeron mis papás.

—Oigan, si queremos mirarnos las caras, tenemos que venir un domingo temprano, cuando tampoco haya nadie.

En ese tiempo estaba a punto de terminar la preparatoria (¿ya lo dije?). Mi madre me presionaba para que consiguiera trabajo y también para que le llamara por teléfono a Enrique, mi padre, a quien no veíamos desde hacía meses, para pedirle dinero y comprar algo de comida que amortiguara esos tiempos de desesperanza acumulada en la ventana polvorienta de nuestro cuarto de vecindad.

La presión por definir hacia dónde iba mi vida en aquel entonces se encajaba en mi pecho; me cortaba de cuajo la respiración, y había días en que despertaba sin aire. Sentía una placa atravesada a la altura del diafragma de la misma manera que los magos meten la cuchilla en la caja de madera y parten a la edecán adentro. Aquella membrana estaba endurecida como metal: su filo me dolía. Me quedaba tendido durante horas y no hacía otra cosa que beber agua para reintegrarme a la existencia.

En esas andaba cuando un día recordé que tenía novia. Había olvidado a Georgina, no le había marcado en semanas ni había ido por ella a la secundaria.

Fui a su casa.

A veces era la niñera de un vecino pequeño al que le ayudaba con la tarea, mientras tomaban vasos de Coca-Cola en la mesa del comedor. Ese día, en cuanto aparecí, empujó al niño a una recámara y azotó la puerta con tal intensidad que revolvió el aire de la estancia.

Georgina traía puesta una playera del grupo Mercurio, con el logo estampado a la altura del pecho, y un pantalón de mezclilla, que tenía desabrochado para estar más cómoda. Un

moñito en el resorte de su calzón se asomaba por donde iniciaba la cremallera.

—Te fui a buscar, Raymundo —me dijo.

—Hace días que no voy a la prepa.

—A tu casa, a la vecindad, pero no te encontré.

—Nunca vayas ahí; me da vergüenza mi casa.

—Quería saber si seguimos siendo novios.

En su casa sólo estábamos Georgina, el niño encerrado en el cuarto y yo. Tenía la televisión encendida y apareció la cara del Borrego Nava en Telehit. Los otros presentadores, entre ellos Jordi Rosado, hacían chistes sobre lo feo que era.

—No es feo; es guapo el Borre.

—¿Te gustan todos o qué? —Me encelé.

—No estoy diciendo eso. Es guapo y ya.

—Es un pendejo y ya, al igual que los de Mercurio.

—A esta edad... —movió el dedo índice en el aire, como si enrulara un mechón de cabello invisible— todos se me hacen guapos, aunque en realidad sean feos, como tú.

Notó que me enfurecía y me dio un beso. La boca de Georgina sabía a Tutsi. Nos abrazamos y poco a poco nos escurrimos sobre el sillón más cercano hasta que nuestras pelvis se encontraron con la barrera de la mezclilla.

Estuve a punto de tocarle los pechos, sin embargo, no lo hice. Tuve miedo de que sus padres regresaran de donde hubieran ido y nos descubrieran, o que Georgina se escapara de mis manos, asustada, por el violador en que me había convertido (¡cuántas santurroneerías habitan en el fondo de mi cabeza, Santiago!).

La saliva iba y venía por nuestras lenguas. Como su cabello era corto, un mechón se adhirió al contorno de su sien a causa del sudor. Decidí tocarla más abajo.

Me pongo las manos en la cara. Estoy sentado en la silla de mi comedor desvencijado. En la calle va y viene el campaneó del camión de la basura; los coches pitan para rebasarlo. ¡Me duelen tanto los ojos! Son dos aceitunas negras atravesadas por su respectivo palillo, tiradas sobre este plato blanco en el que acabo de comer una sincronizada y el tizne de la tortilla se ha esparcido al ritmo de un vaticinio indescifrable. La piel de Georgina, su calor, la tibieza de sus párpados cerrados durante ese faje adolescente, incendian el tiempo. Le he añadido chorros de mi loción a este último para que su fuego crezca.

Lo primero que palpé al acariciarle las nalgas fue la costura de los bolsillos traseros del pantalón: gruesa, burda, bajo la cual sentí la vida de su cuerpo. Firmísimo. Al percibir mis manos, me empujó. Pensé que me había equivocado, que de alguna manera mis manos la habían ofendido, que ahora se iría lejos de mí. Pero más bien se levantó a patear la puerta del cuarto.

—Deja de chillar, niño, me tienes hasta la madre; ahorita te abro.

Seguimos en lo nuestro, pero la intensidad de la llama bajó al mínimo: ni una quesadilla hubiéramos podido fundir en aquella estufa.

El domingo siguiente fuimos con los muchachos al departamento. Esta ocasión era de día, sin embargo, la luz le restaba misterio a nuestras caras, a cada uno de nuestros arrumacos, y aquellas risitas vitales, que el eco nos devolvía en la noche, a la luz de la mañana nos parecían insípidas.

Georgina y yo nos recostamos en una esquina de la estancia. Puse bajo mi cabeza un empaque de estopa y me quedé dormido en tanto ella apoyaba su nuca en mi pecho y estiraba las piernas.

Al despertar, Georgina fumaba con su amiga gorda en el cuarto de al lado (oí sus voces). En vez de ir a buscarla, me incorporé

y caminé fuera del departamento a través de un pasillo iluminado por una luz tan intensa que me permitía ver sólo hasta donde alcanzaba mi mano extendida al frente.

Luego de atravesar la cocina, llegué a un patio con piso de hormigón. El departamento se ubicaba en la planta baja del edificio y tenía ese patio al aire libre en vez de zotihueta. Al fondo, estaban abandonados una pelota de basquetbol con años de uso y un triciclo, de cuyo manubrio pendían barbitas de colores.

Fui al centro del patio. Alcé la vista al cielo y descubrí un chisguete de humo que provenía de un jet que había desaparecido. El humo serpenteaba en dirección ascendente; cruzaba el cielo a un palmo del sol. Sin saber por qué, comencé a jugar los dedos. Hacía chonguitos, los chasqueaba.

Georgina salió por la puerta a mis espaldas. Aquel domingo traía puesto un vestido de tela liviana y un suéter parecido al de la secundaria. Al notar la sombra al fondo del patio, cruzó los brazos cerrándose de un tirón el suéter sobre el busto. Se había peinado con una balerina, pero había dejado libres dos tiras de pelo que se balancearon por su frente cuando caminó hacia mí. Se chupó los labios y después soltó un chasquido gracioso, de beso al aire.

Intenté recibirla con un abrazo, pero Georgina se resistió. Su aroma a Tutsi con cigarro se deslizó al interior de mi boca, y lo paladeé tranquilamente. Ella me miró con sus ojos líquidos, de gotas de agua en un geranio. Le toqué con la mano una tira de cabello. La deslicé hacia abajo. Sostuve con mis dedos su mentón. Su calor traspasó mi piel, lamió nervios y venas; desembocó en mi pecho como si se tratara de sangre nueva.

Entreabrí la boca para besarla. Georgina retrocedió un paso. Se quedó quieta de manera curiosa, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás y las piernas separadas, como si fuera a huir dando pasos en reversa.

—Quiero mirar la tarde, Raymundo, y nada más —me dijo.

Alzamos la vista al cielo. Por debajo de la luz del sol y de aquella serpentina de humo, voló una paloma. Ese domingo fue la última vez que nos vimos.

ROGELIO PINEDA ROJAS (Ciudad de México, 1980). Es licenciado en Comunicación por la UNAM y cursó el diplomado en Creación Literaria de la Escuela de Escritores de la Sogem. Es autor de *Permite que tus huesos se curen a la luz* (2017), novela con la que obtuvo el Premio Binacional Valladolid a las Letras. Ha publicado reseñas de libros y cuentos en *Letras Libres*, *El Cultural*, *Casa del Tiempo*, *Luvina* y *Círculo Editorial Azteca*, entre otros medios. Actualmente se desempeña como editor.

El padre de Lydia Davis se está muriendo

Josemaría Camacho Sevilla

A las cuatro de la mañana recibí una llamada de la enfermera. Vibró mi teléfono sobre el buró. Desde entonces siempre le coloco un paño o un libro debajo, estoy condicionado a sentir terror con el sonido de un celular vibrando sobre la madera. Mis padres estaban enfermos de covid. Era el principio de la pandemia y el covid aún asustaba. Cayeron muy enfermos, estaban como locos. Literalmente. Perdieron la razón y les costaba mucho trabajo hilar palabras. Mi papá, en la última llamada que pude tener con él, me preguntó por el doctor Kozik. El doctor se apellidaba Catzin, Kozik es el nombre del perro de mi hermana. Le puso así en homenaje a Frank Kozik. El doctor me dijo que la demencia era momentánea. Le comenté eso a mi padre, pero no me entendió. Momentánea o no, estaba en él. El covid era una segunda capa de enfermedad en el caso de mi madre, la que subyacía era el Alzheimer. Mi padre colocó un letrero en la puerta de la casa que decía: «Hay una pandemia, no podemos salir, quédate aquí». Todos los días mi madre se enteraba del confinamiento por primera vez: una sorpresa constante.

Contesté. La enfermera me dijo que tenía que ir inmediatamente. Le pregunté por qué y se limitó a repetir lo mismo una y otra vez: «Tienes que venir inmediatamente». A la quinta vez que recibí esa respuesta le pregunté si mi madre había muerto; ella

detuvo el disco, ya no dijo nada. Calculo que cortamos la llamada al mismo tiempo.

Cogí el coche y en el camino a la casa de mis padres le llamé a mi hermano para que fuera también. Acordamos no decirle nada a mi padre, que seguía demente. Acordamos no decirle nada a mis hermanas, que seguían dormidas. Tuve un pensamiento fugaz que fue terrible y, a la vez, gracioso. Pensé: «¿Cómo le voy a dar esta noticia a mis hermanas, a mi padre y a mi madre?». Así es, por unos segundos me llenó de ansiedad tener que decirle a mi madre que había muerto mi madre. Sonreí. No estaba contento ni divertido ni, creo, nervioso. Pero sonreí.

Unas cuerdas antes de llegar le llamé de nuevo a mi hermano para saber por dónde estaba. «Pasé al cajero», le dije, «pero ya estoy por llegar a casa de *mi papá*». No dije «a casa de mis papás», sino de «mi papá». El ajuste gramatical fue el primero que hice. Lo hice automáticamente. Vendrían muchos más después. Y no sólo ajustes, sino cambios radicales y duelos oscuros. Este, sin embargo, llegó veloz, de manera muy natural y sin generar dolor extra. Pensé irremediabilmente en un texto de Lydia Davis, que había leído años atrás, en el que se preguntaba por la corrección gramatical y semántica de algunas frases. Comenzaba, recuerdo bien, cuestionándose: «Ahora que se está muriendo, ¿puedo decir aquí es donde *vive* mi padre?». ».

Mi mente agarró ese hilo como el de un cometa para desprenderse del suelo y disociarse de ese momento del que, días, semanas y meses después, comprendería con profundidad su duración: un momento continuo que nunca termina.

Así es. Mi madre dejó de respirar. La primera duda lingüística que cabría es si aun fallecida seguía siendo mi madre. ¿Mi hijo seguía teniendo una abuela? Si la piensas bien, es la pregunta por el ser. Con un cadáver delante desaparece la posibilidad de que el ser humano sea también (o esencialmente) un alma. Mi madre, cuando llegué a «casa de mi papá», seguía estando ahí. Su cuerpo. Seguía siendo esa su casa. O no. O no estaba ahí ya y esa ya no era su casa porque para poseer algo la primera condición de posibilidad es ser una entidad capaz de poseer. No son nimiedades.

La cuestión gramatical es, en el fondo, la más importante, aunque también me llevó mucho tiempo entender eso. Decimos que la muerte es algo inexplicable porque nos da miedo explicarnos lo que es. Pero no es inexplicable de suyo. Cuando me atreví a explicármela, la entendí. Y entendí también que mi madre no dejó de ser, sólo de estar. En inglés eso quizás podría traducirse como un *to be* y un *not to be* al mismo tiempo. La solución definitiva, schrödingeriana, a la pregunta de Hamlet.

Hace poco le aseguré a mi hijo que los fantasmas no existen. Tenía miedo una madrugada y vino a preguntarme por la entidad de los fantasmas. Le dije: «Hijo, los fantasmas no existen, están sólo en tu cabeza». Él me respondió más asustado: «Si están en mi cabeza, entonces existen, ¿no?». Con ese intercambio de frases, a las cuatro de la mañana de una noche de invierno, mi hijo terminó mi *shock* y me permitió cruzar el duelo hacia la vida.

La semana pasada visité las cenizas de mi madre en la iglesia Preciosa Sangre de Cristo, sobre el Eje 5 Sur, en Iztacalco. No había nadie en las criptas, así que hablé en voz alta con ella, algo que

siempre me había parecido ridículo y, siendo sinceros, me sigue pareciendo ridículo. Probablemente no lo vuelva a hacer. Le pregunté, parafraseando a Lydia Davis: «¿Estas son tus cenizas, madre? ¿O estas cenizas fueron tú? ¿Puedes aún poseer cosas como para decir que este polvo es *tuyo*?».

No me contestó nada.

JOSEMARÍA CAMACHO SEVILLA (Ciudad de México, 1979). Estudió Filosofía Clásica en la Universidad Panamericana. Estudia la maestría en Crítica Literaria en Casa Lamm. Es autor del libro de cuentos *Los que hablan a gritos* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2015) y de las novelas *Interruptus* (Luzzeta, 2016) y *Después de matar al oso pardo* (UAEMéx, 2017; Paraíso Perdido, 2021). Ganó el Premio Internacional de Narrativa «Ignacio Manuel Altamirano» en 2017 y el Premio de Cuentos de Fútbol de Ibbly México y Pachuca FC en 2011.

Cinco poemas del libro *Dos muertes*

Julia Bac

este poema es sobre una maleta. la verdad, este poema es sobre una maleta que me cansé de cargar. tal vez este poema sea sobre el peso de la maleta tal vez este poema sea sobre la falta de espacio para guardar esta maleta tal vez este poema sea sobre el dueño de la maleta tal vez este poema sea sobre las cosas de adentro de la maleta tal vez este poema sea sobre los recuerdos que tengo al ver los objetos de adentro de la maleta tal vez este poema sea sobre las rueditas de la maleta que no funcionan tal vez este poema sea sobre mi voluntad de no tener más esta maleta. te entrego la maleta ahora. acabó el poema.

* * *

el mando es mío
y salgo de escena
como un maestro
que deja el palco
con los músicos en formación
esperando por aplausos
y mi carrera de
regreso al púlpito

todos listos para el bis
pero para que vuelva
alguien tiene que llamarme
y nadie me llama.

* * *

quisiera
tener una cola
para que
supieran
cuando estoy
feliz o
con miedo
ansiosa o
triste.

* * *

lo que queda
objetos que guardo con cariño
y toco
como si fuera su piel

* * *

el hombre
con el que
me casé
era bueno
para romper

las cosas
sí.
él era bueno
en eso.
él rompía
platos vasos copas
doblaba hasta
los cubiertos
no sé por qué
creí que
saldría entera
después de
tanto tiempo.

Traducción de Sergio Ernesto Ríos

JULIA BAC (São Paulo, Brasil, 1982). Se graduó en Historia (PUC) y Artes Visuales (Centro Universitário Belas Artes). Es maestra en Arte y Patrimonio (Maastricht University). Publicó *os dias* (Giostri, 2013) y *Duas mortes* (7 letras, 2021).

Sólo un estadounidense

Mandy Shunnarah

Como los británicos hicieron para renombrar nuestro país con una P: una letra que no tenemos, un sonido que a nuestras lenguas les cuesta decir. No es Palestina, como en viejo compañero, *old pal*,¹ viejo amigo, es *Falastin*. Sabrían que el árabe es fonético si lo pudieran leer, pero eso te ocuparía tiempo, visitante inoportuno. Tenemos nombres imposibles de pronunciar mal & de todos modos esperan que el mundo los pronuncie a su manera.

En su nuevo país, mis abuelos nombraron a sus hijos con «un buen nombre estadounidense» imposible de pronunciar mal para los nativos de esta tierra. Llamaron a su primogénito, una niña, Patricia, con P. Porque, quién pensaría que una *umma*² & un *baba*³ de Falastin podrían nombrar a su

1 Amigo. Usado para referirse a una persona, generalmente hombre, a la que se conoce y aprecia. En español no se conserva la relación fonética de *pal* y Palestina.

2 Umma o ummah. Término usado en el Corán para referirse a la comunidad musulmana.

3 Papá.

hija con una letra que sus bocas se niegan a pronunciar,
condenándolos a una vida de llamarla Badrisha.

Sólo un estadounidense lo haría.

Traducción de Andrés Paniagua

MANDY SHUNNARAH (Estados Unidos, 1991). Escritora y periodista palestino-estadounidense de género no binario. *Midwest Shreds: Skating Through America's Heartland* (Belt Publishing, 2024) es su primer libro. Algunos de sus ensayos, poemas y cuentos se han publicado en *The New York Times*, *Electric Literature* y *The Rumpus*, entre otros medios.

La idea salió mal

Basman Aldirawi

Empatizo bastante con Dios:
mi corazón, también, está decepcionado.
Si ahora mismo pudiéramos sentarnos juntos,
compartiría un cigarro con él. Pondría mi mano sobre su hombro
y lloraríamos hasta que una lluvia de luz
limpie Gaza de todo el humo
que no pertenece al cielo,
poniendo un alto al retumbar que asesina a otro niño en Gaza
y a la sangre que se derrama de la mano y la boca del mundo.
La vida crecerá a través del pecho de Gaza
y habrá una resurrección:
ni una herida ni una cicatriz en ella.
Pero las cicatrices no mueren, ay, Dios.
Lo escucho gritar: «Mil millones en silencio,
un millón de asesinados».
El sonido de su llanto resuena
y a pesar de que no soy un obediente devoto, rezo.
Recuerdo las caras de familiares y amigos,
las calles, las ciudades, el mar,
las caras de todos los que alguna vez conocí, día a día en Gaza.

Rezo y escucho su voz, con cada explosión
y miembro amputado, gritar:
la idea salió mal
la idea salió mal.

Traducción al inglés de Elete
Traducción al español de Andrés Paniagua

BASMAN ALDIRAWI O BASMAN DERAWI (Ciudad de Gaza, Palestina). Es fisioterapeuta y egresado de la Universidad de al-Azhar de Gaza. Es colaborador asiduo de la plataforma humanitaria We Are Not Numbers.

El Aserejé

Mariana Rosas Giacomán

Dejebe tu dejebere
seibiunouwa majavi
an de bugui an de buididipi
LAS KETCHUP

Recuerdo las trenzas de colores, la alberca inflable en el patio de los vecinos de al lado, el olor a la espuma en lata con la que jugábamos a dispararnos mientras corríamos por el jardín. La grabadora de Becky con la que poníamos canciones de *Alegrijes y rebujos* mientras ensayábamos las más complicadas coreografías. Las manchas verdes de pasto en las rodillas de todos mis pantalones, y la vez en que le dije a mis padres que ya no quería usar camisetas, quería usar ombligueras. Marimar y Amanda tenían ombligueras. Y Marimar y Amanda se ponían una chaquiras o un arete de su madre en el ombligo, para que pareciera un *piercing*, aunque no conocíamos esa palabra todavía. Marimar y Amanda tenían un columpio en su casa y una computadora con un montón de juegos. Pero no recuerdo cómo eran ellas. En mi memoria son dos niñas sin cara, más grandes que el resto del grupo, las líderes de nuestra manada.

Queríamos ser hadas o espías. No estábamos seguras. Ser hadas era más difícil, porque había que tomar polvos mágicos que sabían horrible. Marimar los preparaba: abría una bolsita naranja de papel que decía «Dragoncitos» y echaba el polvito rojo en un vaso de agua tibia. Lo tomábamos sin hacer caras, pero a mí

me daban ganas de vomitar. Ser espías también era complicado. Teníamos tres *walkie-talkies* —no eran suficientes, nosotras éramos cinco— y unos binoculares que nos prestó el papá de Karen. Nos faltaban las cosas más importantes: cuerdas y arneses que nos sostuvieran para brincar de una azotea a otra en nuestras misiones secretas. Todo entonces era muy complicado, pensaba.

Recuerdo los veranos sin fin. Por supuesto que iba a la escuela, pero eran tan pocas las responsabilidades de una niña de primaria que la vida se sentía como unas largas vacaciones. A diferencia del colegio, la profesión de ser hadas o espías sí requería mucho trabajo. A veces llegaba alguna de las niñas con un descubrimiento importantísimo. Como aquella tarde en la que Becky tocó el timbre de mi casa, una de tantas idénticas veces.

—¡Tengo que enseñarte algo! Vamos a buscar a las demás.

A lo lejos el murmullo de mi mamá: «Pero llévate un suéééeteer».

Karen iba regresando de su catecismo y se nos unió de inmediato, con su Biblia para niños en una mochila transparente de plástico rosa.

Fuimos por Marimar y Amanda. Su mamá, que casi nunca estaba, nos abrió la puerta. Llevaba un suéter grande, holgado, y las muñecas repletas de brazaletes dorados. Era muy guapa y extrovertida; me daba demasiada vergüenza dirigirle la palabra. Unas líneas de azul metálico le remarcaban los ojos. Me parecía mucho más joven que el resto de las mamás que conocía. Nos ofreció que pasáramos, pero preferimos esperar en la puerta. Nuestros padres no nos dejaban entrar a casa de nadie. Amanda y Marimar salieron a los cinco minutos, aún con el uniforme de deportes de su escuela.

—¿Por qué el pelo de tu mamá es morado? —preguntó Becky mientras emprendíamos el camino.

—Porque sale en la tele —contestó Marimar, y su hermana se dio la vuelta para explicarnos mejor. Era la más grande de todas y siempre hacía eso, explicarnos.

—Da los horóscopos en el canal cuatro. ¿Nunca la han visto? Es muy famosa, tiene muchos fans que le mandan cartas preguntándole cosas. Es la Bruja Sheyla.

—¡Su pelo es morado porque es bruja! —dijo Karen entusiasmada.

—No, es morado porque se lo pinta. Pero se lo pinta porque sale en la tele.

Mis ojos se iluminaron.

—Mi papá también trabaja en la tele.

—¿En qué programa sale?

—En ninguno —contesté e hice una pausa. Tendía a olvidar exactamente qué hacía mi papá en la tele—. Él escribe lo que van a decir los personajes.

—Qué aburrido.

—No, no es aburrido. —Mi cara enrojeció—. Los horóscopos sí son aburridos y tontos.

—Sólo lo dices porque eres escorpión, que es el peor signo. Los escorpiones son muy malos.

—Eso no es cierto.

—Claro que sí. Mi mamá me dijo que el Peje es escorpión.

El fuego en mi cara se había ido a mis orejas.

—Mis papás dicen que el Peje es bueno.

—¿Tus papás también son escorpiones?

—No.

—¿Cuándo son sus cumpleaños?

—No te voy a decir.

Amanda tomó del hombro a Marimar para que dejara de pelear. Pero aun así, me miró sin que su hermana se diera cuenta.

—Es-cor-pio-na. —Leí en sus labios.

Becky hizo un gesto para señalar que habíamos llegado.

—¿Es aquí? —Karen se veía decepcionada.

Era uno de los pasillos laterales del condominio. Los mismos por los que corríamos y jugábamos todos los días. Becky se acercó a una jardinera y apartó con sus manos las hojas de un palo brasil. Quedó al descubierto una ventana oscura.

—Miren —dijo Becky y pegó sus manos al vidrio, haciendo una especie de binoculares con ellas, para mirar hacia el interior de la casa. Las demás hicimos lo mismo.

—¿De quién es esta casa? —pregunté.

—Es la casa de Lindita —explicó Amanda—. Sólo que es la parte de atrás.

—No. —Marimar señaló un punto lejano—. La entrada de casa de Lindita es allá.

—Por eso. La entrada está allá, pero la parte trasera es esta. Nadie estuvo totalmente de acuerdo.

Detrás de la ventana había una sala vacía, con sus sillones y sus mesas y un florero con orquídeas. Un teléfono, fotos familiares de personas cuyas caras no alcanzábamos a distinguir. El vidrio estaba cubierto por una película sepia, por lo que la habitación parecía guardar una noche dentro de sí. Las cinco mirábamos sin pudor, buscando entre las paredes alguna pista de un misterio inexistente. Parecía que algo en el tiempo de ese lugar se había quedado congelado.

—¡Algo se movió! —exclamó Karen de repente, y las cinco huimos corriendo de la escena.

Cuando recuperamos el aliento al llegar al patio de Marimar y Amanda, nos sentamos en el enorme columpio del jardín.

—Yo creo que era el Aserejé —dijo Karen, aún con cara de susto.

—El Aserejé no es una persona —dije y me reí.

—Dice mi mamá que la letra de *Aserejé* no tiene sentido porque es un rezo al diablo. O sea, el Aserejé es el diablo.

—No te creo.

—Tiene razón —asintió Marimar con seriedad—. Escúchala al revés.

—¿Cómo la voy a escuchar al revés?

—Pregúntale a tus papás si tienen uno de esos aparatos viejos donde pones un disco y luego lo volteas y suena al revés.

—¿Eso existe?

—Sí.

Becky hizo un par de círculos con el dedo sobre su oreja y ambas nos reímos. El cielo había tornado al gris de las seis de la tarde. Faltaba poco para que nuestras madres salieran a buscar-nos y el juego, al menos ese día, terminara.

—¿Pero cómo era? —volvió a preguntarle Amanda a Karen.

—Era una sombra. Como una persona, pero hecha de sombra.

—A lo mejor era Lindita o su esposo.

A lo mejor, pensé (era la respuesta más aburrida). Karen insistía en que escucháramos *Aserejé* al revés, pero no se me ocurrió la manera de hacerlo.

A veces nos acordábamos de la ventana oscura, luego se nos olvidaba por días enteros. Entretanto, pasaban cosas más interesantes, como el día en que faltamos todas a la escuela porque el volcán más cercano a la ciudad expulsó ceniza. Ni mis papás, ni los de Becky ni los de Karen nos dejaron salir de casa. Pero Amanda y Marimar corrían en el patio, muertas de risa, mirando al cielo como si fuera a caer algo parecido a la nieve, como si pudieran hacer ángeles en la ceniza sobre el pavimento.

Habíamos decidido, de manera casi unánime, ser espías en lugar de hadas. Para ser hadas teníamos que hacer magia y ninguna dominaba esa habilidad. Espiar tenía sentido cuando había algo que espiar, como la sala oscura que podía ser de Lindita o podía no serlo. Pasábamos de vez en cuando a la ventana, rara vez sucedía algo. Todo permanecía en su lugar, aunque nos gustaba creer que encontrábamos pequeños pero significativos cambios. «¿Ves esa flor?», nos decíamos. «Antes no estaba ahí». «¿Ves esa foto? Ahora está volteada. ¡Ya no se ven las personas que estaban antes!».

Pasamos tanto tiempo esperando la gran revelación que, como si la hubiéramos provocado, una tarde estaba ahí. Llevábamos todas los uniformes de nuestras respectivas escuelas: Karen con la falda negra de su escuela católica, un saco rojo y un cuello exagerado sobre la camisa blanca; Marimar y Amanda con los *pants* azules de deportes; Becky, de *jeans* y sudadera —iba en un colegio a-me-ri-ca-no, y yo con mi camisa de rayas rojas y blancas y mi nombre bordado sobre el escudo de una escuela que ya no existe. Era la hora de siempre, las cinco y media de la tarde, la hora en la que aquella sala oscura parecía permanecer en un tiempo suspendido.

—Escóndanse —dijo Becky casi en un susurro, y las cinco contuvimos la respiración detrás de las hojas de palo brasil. Nadie se movía.

Tras la ventana se distinguían tres figuras en el sillón de la sala, inmóviles, tomadas de la mano.

—¿Qué están haciendo? —pregunté en una voz tan bajita que nadie me oyó.

—Es un hombre y dos mujeres —dijo Karen—. No cabe duda que uno es el Aserejé.

Karen siempre decía «no cabe duda», lo había visto en una película. De nuevo el cielo se nublaba. Un aire repentino hizo caer sobre nosotras pequeñas ramitas de los árboles cercanos.

—Nos van a ver —reprochó Amanda—. Vámonos ya.

Pero nadie se movía ante lo que parecía ser el gran secreto. Por primera vez en nuestra carrera como espías habíamos encontrado algo sobre lo que valiera la pena investigar.

Las siluetas no se movían, sus manos permanecían entrelazadas. Marimar pegó el oído a la ventana con cuidado, como una doctora escuchando un corazón.

—Nada —diagnosticó—. No están diciendo nada.

—Vámonos ya —incredó Amanda—. Nos van a ver y nos van a regañar.

Regresamos en fila india a la explanada central de la privada. Sentí alivio. Algo en el color sepia de la habitación y de las sombras silenciosas me había puesto nerviosa. Sentía que estaba viendo algo que no debía ver, aunque ese era, precisamente, el chiste de los espías. Tal vez ser hada sería menos angustiante.

Pasamos el resto de la tarde jugando al resorte, hasta que nuestras respectivas madres salieron a buscarnos, gritando ese humillante «¡a bañarseeeee!».

Amanda me acompañó hasta la puerta de mi casa. Era con quien más me gustaba platicar, porque siempre parecía saber un poco más que las demás sobre cualquier cosa.

—Te voy a contar algo, pero no se lo puedes contar a nadie —dijo hablando como adulta. Cuando hacía eso también yo me sentía adulta—. Las personas que estaban en la sala eran Lindita, su esposo y mi mamá. Ella está yendo de vez en cuando a leerles las cartas, porque pues ves que ella puede ver el futuro.

—¿En serio?

—Sí. Ella me dijo que la buscaron porque están teniendo problemas.

—¿Qué problemas?

—Pues dijo que problemas en la casa.

—El Aserejé.

—Puede ser. Tal vez no es el diablo, pero a lo mejor es un vampiro o el fantasma de los dueños pasados de la casa. ¿Te acuerdas cuando estaba abandonada? Creo que aún no te mudabas. Igual no le digas a las demás, porque le van a contar a sus mamás y ya sabes cómo son.

—¿Tu mamá se lo contó también a Marimar?

—No. Seguro pensó que se iba a asustar. Yo te cuento a ti porque sé que eres muy inteligente, que no vas a decir nada.

—Gracias.

Un grito de mi papá flotó desde su ventana: «¡Mari, al aguaaaaa!».

—Nos vemos mañana —me despedí—. No voy a decir nada, te lo juro por Jesucristo.

Cuando entré a casa, ya era de las mayores del grupo. Debía empezar a ser yo la que hiciera las aguas de polvo mágico, ser yo quien llegara con nuevas misiones secretas. Pero pasaron los días y no volvimos a ver las siluetas en la sala. A veces veía a Linda caminando por el condominio, alegre, saludándome como una tía lejana. «Los problemas se habrán solucionado», pensé, e imaginé a la madre de Amanda y Marimar mirando un futuro alegre en una bola de cristal.

Nos tomamos una pausa en cuanto al espionaje y volvimos a ser hadas, aunque ya no me gustaba serlo: nuestras alas de cartón se sentían falsas, chafas. El sabor de los polvos de hada era cada vez más horripilante. Marimar ahora les echaba limón y salsa Maggi. Seguíamos sin hacer magia.

Decidí espiar por mi cuenta. A veces, al regresar a casa después de la escuela aprovechaba para echar un vistazo a la ventana oscura. O lo hacía cuando mi madre y las de mis amigas salían a decirnos que era hora de meternos y yo le pedía a la mía que me diera cinco minutos para recoger mi bicicleta, que estaba del otro lado del condominio. Me imaginaba descubriendo algo más increíble que las siluetas que se tomaban de la mano. Algo tan sorprendente que podría correr a contárselo a Amanda, sólo a ella, para convertirme en aquella que pide que el secreto no sea contado.

Un día se suspendieron las clases en mi escuela. Era el último viernes del mes y los profesores tenían una junta importante. «Día azul», lo llamé, porque el cielo esa mañana era azulísimo y era un día feriado sólo para mí. Las escuelas de mis amigas no inventaban asuetos similares. Me quedé en casa comiendo galletas con leche y mirando las caricaturas. Aproveché la ausencia de mis padres para ver el canal prohibido, el de las telenovelas. Los protagonistas se hablaban con groserías, tomaban alcohol y drogas y se morían de formas horribles. Me daban miedo esos programas, pero no podía dejar de verlos. Eso hacía cuando algo me asustaba, lo miraba y lo miraba hasta tener pesadillas, como la sala detrás de la ventana oscura con la que me había obsesionado. Por las noches soñaba con el famoso Aserejé, un diablo de cuernos y piel roja, iluminada por una luz azul como lumbre de estufa. Lo imaginaba sentado frente a Lindita, su esposo Felipe y la madre de Marimar y Amanda, pidiéndoles que fueran obedientes, que rezaran por él hasta el fin del mundo. Y los tres asintiendo con ojos desorbitados, las pupilas agigantadas con el reflejo de la llama azul.

Mi madre llegó del súper, y de inmediato cambié de canal a Cartoon Network. Pasaban un programa de una escuela donde un

perro se disfrazaba de alumno y tomaba clases, aunque nadie sabía que era un perro, un perro azul del tamaño de un niño. Había visto esa serie tantas veces y no lograba convencerme. Imposible que no se dieran cuenta de que era un perro. Apagué la tele y me puse los tenis.

—¿Alguien más no tuvo clases hoy? —preguntó mi mamá al verme a punto de salir.

—No, todas están en la escuela, pero quiero practicar con mi cuerda —expliqué—. Para hacer el salto cruzado necesito espacio.

Y llevé entrelazada en la cintura la cuerda fosforescente que mis papás me habían comprado en Sanborns. Pensé que no sería suficientemente fuerte para amarrar a un diablo ni para sostenerme si debía lanzarme de una azotea, pero quizás serviría de algo.

Afuera, el condominio vacío. Una manguera regaba el jardín con un aspersor; las finísimas gotas dibujaban una manta por la que se formaba un arcoíris. Caminé al lugar de siempre, el rectángulo negro tras la maceta que ya me había acostumbrado a mover de un lado a otro. Me estiré para mirar y celebré una victoria silenciosa. Ahí estaban, de nuevo, las siluetas. Esta vez eran dos: un hombre y una mujer. Lo supe por el pelo. Él no tenía mucho y ella tenía una melena lacia que le llegaba casi a la cintura. El sol del mediodía entraba por la ventana y la sala tenía un poco más de luz que de costumbre. Aun en sepia, distinguí el momento como si estuviera en cámara lenta, puesto ahí sólo para mis ojos. La silueta masculina tomó a la mujer por la espalda y se acercó a ella para besarla. Ella lo rodeó con los brazos. Sus sombras se fusionaron en lo que imaginé como un beso de los del canal prohibido, en los que los personajes se metían la lengua y parecían estar enojados en vez de enamorados. Nunca había visto algo así en la vida real. Pensé en Lindita, sonriente en los pasillos, sus mejillas rosadas como las de una muñeca. Y su esposo, Felipe, pelón inconfundible, con un puro

siempre colgando de la comisura de sus labios. Eran esposos, siempre lo habían sido, pero hasta entonces me era inimaginable que se besaran de esa manera. Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo, y la pareja hizo un movimiento repentino. Aún besándose, se dieron la vuelta, quedaron con la vista a la ventana. Retrocedí conteniendo la respiración, incapaz de emitir cualquier sonido que me delatara. En la tele, pensé, seguiría el programa del niño-perro; y en la casa, el refri lleno de helado y mi madre friendo el arroz. Abandoné la escena aún con mi cuerda en la cintura, pensando en qué le diría a Amanda sobre lo que había pasado. Todavía faltaban unas horas para que regresara de la escuela y yo pudiera tocar el timbre de su casa para decirle: «¡No me vas a creer lo que pasó!».

Estaba por llegar a mi casa cuando la vi subiendo las escaleras del estacionamiento. Linda llevaba las manos repletas de bolsas de supermercado.

—¡Hola, corazón! —me saludó—. ¿No tuviste clases hoy?

Un nudo se apretó en mi garganta, como si la cuerda del Sanborns me ahorcara.

—No. Hoy es puente. Bueno, no, los maestros de mi escuela tienen una junta.

—¡Qué bueno que les den el día!

Imaginé mi cara enrojecida.

—Sí, lo malo es que a las demás no les dan el puente, entonces...

¿Me veía tan nerviosa como estaba? ¿Y si podía leer en mis ojos lo que había visto? Pero Linda asentía, como solía hacerlo al escuchar, y una voz conocida emergió detrás de mí.

—Hola, hola —saludó la mamá de Amanda y Marimar. Sus manos llenas de pulseras se colocaron sobre mi cabeza trenzada—. Pasé a buscarte, pero no estabas.

Linda soltó su risa fingida.

—Había que hacer compras. Ya ves que en mi casa todo nos lo comemos de volada.

—Te dejé un sahumero con Felipe —siguió la bruja—. Luego te mando un mensajito de cuándo usarlo. Vas a ver que sirve, luego luego vas a sentir cómo se limpia la energía, y las envidias se empiezan a dispersar.

Su perfume dulcísimo fue arrastrado por el viento hasta mi nariz. Lindita asentía, sonriente, y no pude más que musitar una extraña despedida y caminar hacia mi casa. Volteé a verlas una vez más antes de entrar. Las manos de Linda abrazaban a la madre de mis vecinas; sus uñas de acrílico reposaban en la cabellera violeta.

Amanda y Marimar me buscaron en la tarde, pero les dije que tenía mucha tarea. No era mentira. No podía concentrarme en los problemas de matemáticas que se desplegaban en mi cuaderno. Se hizo la noche y la cena, mientras la cuadrícula seguía en blanco.

—Mamá, ¿es cierto que antes se podían escuchar los discos al revés?

Mi mamá se rio.

—¡Uyyyy! Claro, pero no eran discos, eran acetatos. ¿Los has visto? Todavía tengo algunos. Son como discos, pero negros y mucho más grandes. Para escucharlos los poníamos en un tocadiscos, que era un aparato con una aguja.

—La aguja tenía diferentes velocidades —siguió mi papá—. Si lo ponías en velocidad neutra y girabas el disco en sentido contrario con el dedo, se escuchaba al revés.

—Si quieres, podemos hacerlo un día para que lo veas. —A mi mamá le había entusiasmado mi pregunta.

—¿Y es cierto que si pones la música al revés puede tener mensajes secretos?

—¡Claro! —Mi papá tomó de su coca light—. Cuando ponías al revés las canciones de los Beatles y de Led Zeppelin decían cosas rarísimas, bien claritas, sobre el diablo.

El corazón se me fue al estómago. Mi mamá puso frente a mí un plato con quesadillas y un chocomilk.

—No es cierto, hija. Son rumores. Imagínate: si pones una canción al revés, no se entiende nada, ¿verdad?; pero si te predispones a escuchar algo, tu mente va a hacer que lo escuches, pero es sólo tu imaginación. —Mamá le echó una mirada de reproche a mi padre.

—Exacto —dijo mi papá mientras le ponía aguacate a sus quesadillas—. Lo que comentó tu mamá.

No desapareció la sensación de que mi corazón se había movido de lugar. Después de cenar y antes de dormir, dejé mi uniforme del día siguiente en un gancho sobre mi puerta. Hice mi oración al ángel de la guarda. Luego anoté con mucho cuidado la letra de *Aserejé*, como me imaginaba que se escribía. La leí de derecha a izquierda en voz alta, una y otra vez hasta rendirme. Hice la hoja pedacitos y la tiré a la basura. Al día siguiente tenía examen de civismo. Soñé con una mujer mirando una bola de cristal.

Después de aquella aventura, no recuerdo mucho más de Marimar y Amanda. Unos meses después se mudaron. De vez en cuando esperé a que pasaran el programa de la Bruja Sheyla en el canal prohibido, pero nunca lo pesqué. Lo he buscado en YouTube, y no está. Y de sus hijas, no recuerdo las caras ni las voces.

MARIANA ROSAS GIACOMÁN (Ciudad de México, 1998). Es politóloga por la Universidad Iberoamericana. Cuentos suyos aparecen en diversas revistas, como *La Palabra y el Hombre*, *Este País* y *Punto de Partida*. En 2022 ganó el primer lugar en cuento del 53 Concurso Punto de Partida de la UNAM, con *Mátalas*. Publicó la novela *Hay mucho humo en mi habitación* (Floramorfofis Editorial, 2021).

Mina

César Bañuelos

Aguanta un poco, Mina. Pronto dejará de doler. Ya lo he hecho antes. El dolor se irá y no sufrirás más, preciosa.

No recuerdo la primera vez que realicé una eutanasia. En cambio, tengo bien presente cuando me prometí jamás volverlo a hacer, así como la noche en que rompí esa promesa. Lo primero pasó el día en que sacrifiqué a tres bulldogs, porque su dueña ya no podía atenderlos y prefería que estuvieran muertos, antes que darlos en adopción. En aquel entonces no estaba penada la eutanasia en las mascotas, la gente podía sacrificar a su perro o a su gato sin que nadie dijera nada. Por ser el más joven del hospital, esa friega me tocaba a mí.

Uno por uno, los saqué de las jaulas y les administré un tranquilizante antes de inyectarles pentobarbital directo al corazón. Me era muy difícil encontrarles la vena en sus patas gordas y torcidas, por eso opté por la intracardiaca. Ninguno me gruñó ni intentó morderme, sólo pegaban el hocico contra el fondo de las jaulas como queriendo escapar de mí. Sentía que algo me apretaba la garganta mientras me repetía a mí mismo que yo no había estudiado para matar animales. Cuánto me hubiera gustado que me mordieran, que me castigaran por lo que les haría. Después supe que la mujer que los mandó a dormir se suicidó al día siguiente: era una vieja obesa a la que le acababan de amputar las piernas por diabetes.

Con el tiempo dejé la clínica de perros y gatos para entrar de lleno a la fauna silvestre: en los zoológicos no se sacrificaban animales por caprichos de sus dueños. Pasé diez años sin dormir a un animal. Incluso cuando, por motivos de salud, era piadosamente necesario, le dejaba esa bronca a alguno de mis subordinados.

Mi promesa se fue a la mierda el día en que me llamaron para atender a un león en un rancho cerca de la ciudad. Desde el principio supe que algo estaba mal: me dijeron que no podía llegar allí en mi propio carro, mandarían por mí al zoológico. No era la primera vez que atendía a grandes felinos de particulares y por lo general se trataba de gente que andaba enredada en la malandrinada, así que no pregunté razones. Se hizo de noche, nadie llegó. Pensé que el león ya había muerto o que consiguieron a alguien que cobrara más barato que yo. Agarré mi maletín y la cerbatana, por si las dudas, y fui al estacionamiento.

Cuando llegué a mi carro encontré a un taxi estacionado, con el motor encendido. El taxista bajó el vidrio del copiloto y me llamó por mi nombre. Se parecía a Danny Trejo: con el pelo largo hecho una trenza y un bigotón con barba de candado. Le pregunté si lo conocía. Me contestó que lo habían mandado por mí.

—Oiga, ¿usted atiende todo tipo de animales? —preguntó cuando estábamos cerca de las afueras de la ciudad, por la salida norte.

—Pues principalmente fauna silvestre, pero también atiendo mascotas no convencionales.

—¡Ah, cabrón! ¿Y cuáles son esas?

—Pues hurones, camaleones, serpientes... prácticamente todo lo que no sean perros o gatos.

—¿A poco sí hay gente que tiene culebras de mascotas? ¡Qué loca está la raza! —Se rascó la barba canosa y rio con los dientes

pelados—. Cuando estaba morro tuve un perico, bueno era de mi amá, nos duró mucho el méndigo; como diez años, nomás que estaba pelón. Así se llamaba: el Pelón. Lo tuvimos desde chiquito, cuando comen pura masita. Ya de grande nomás tragaba semillas de girasol y chile, pa que hablara. ¡Nombre, compa!, le decía «puto, puto» a todo el que le pasara por enfrente.

Estuve a punto de callarlo en seco. Decirle que esos animales pueden vivir más de cincuenta años, que no tienen papilas gustativas y, por tanto, no se pueden enchilar; que estaba pelón porque de seguro se arrancaba las plumas por estrés y que, con esa dieta culera de puros carbohidratos, lo habían matado de hígado grasoso. Al final no le dije nada de eso, no quise llegar a un lugar que no conocía, donde había gente que no conocía, con mi única vía de regreso ofendida conmigo por haberle pegado una cagada. Me tragué mis comentarios de veterinario.

—Son bien vivos esos animales, aprenden a decir muchas palabras.

Me quité los lentes, fingí que los limpiaba con la camisa mientras daba un respiro. El carro olía a incienso. *Bad moon rising* sonaba en el estéreo; todo el camino estuvimos escuchando *oldies*. Al volver a ponérmelos, una estatuita sobre el tablero me llamó la atención. Cuando subí al taxi la tomé por una imagen de la virgen, pero al verla bien me topé con una calavera vestida con una túnica dorada, que sostenía una guadaña entre sus manos. Se me enchinó la piel. No porque les tuviera miedo a esas cosas, sino porque no lo había notado antes. Siempre me fijo en todo, es mi forma de sentirme seguro en caso de que las cosas salgan mal. Creo que Guadalupe —así se llamaba el taxista— se dio cuenta de mi incomodidad.

—No se preocupe, oiga. La Santa no es mala, nomás tiene la cara fea. Si todos los feos fueran malos, yo andaría de matón en vez de esto.

—Descuide, Guadalupe. No es por miedo. Me llamó la atención el detallado que tiene.

—Está bien fregona mi santísima. Me la regaló un compadre de Tijuana.

—¿Falta mucho para llegar?

—Pa qué le voy a echar mentiras, no sé dónde es.

—¿Y cómo se supone que vamos a llegar?

—Pues me dijeron que pasando el entronque iba a estar alguien esperándonos.

—¿Y a usted cómo lo contactaron para esta vuelta? —pregunté, ya desconfiado.

—Pues con el billete en la mano, amigo. —Encogió los hombros—. Así a uno le quitan el «no» de la boca y tampoco da por andar preguntando ¿por qué? y ¿para qué?

A medio kilómetro después del entronque de la carretera, nos salió al paso una patrulla con la torreta encendida. Un policía hizo señas con la linterna, para que nos detuviéramos.

—¡Buenas noches, jefe! —saludó el taxista. El poli me aluzó a la cara.

—¿Usted es el veterinario?

—Sí, oficial —dije, lo más sereno que pude.

—Ya anda desesperado el Tranquilino. Pónganos cola, pa que no se pierdan.

Seguimos a la patrulla fuera de la carretera, por un camino de terracería que pasaba entre varias parcelas. Estaba oscuro y la polvareda sólo dejaba ver los focos traseros de la camioneta de municipales, pues ya habían apagado la torreta. Duramos unos quince minutos siguiéndolos, hasta que cruzamos un arco blanco. Ese terreno no tenía siembras, sólo árboles altos, palapas y un caserón en el medio. Parecía un club campestre: bien iluminado por faroles que estaban a los lados del camino empedrado. Cuando

llegamos a la casa, la patrulla se detuvo y el que conducía bajó de la camioneta; no estaba uniformado. Tenía pinta de perdonavidas, de esos que nomás buscan quién se les quede mirando para hacerla de pedo.

—Allá atrás está el león. Apúrense, que ya tienen un chingo esperándolos. —Señaló un camino que pasaba por un lado de la casa.

—¡Pinche gato mandón! —murmuró el taxista.

Dimos la vuelta al caserón. Parecía una casona estilo colonial: con pilares, arcos y balcones; mezclada con estructuras de metal y cristales entre los arcos, seguramente para tener todo con aire acondicionado. En la parte trasera había una cochera muy grande con varios carros del año estacionados, igual que la exhibición de una agencia automotriz. Al llegar allí, un cabrón mal encarado, con un cuerno de chivo trepado al hombro, nos indicó que nos estacionáramos al lado de un árbol.

—¡Oiga, amigo!, ¿ya ha chambeado antes pa esta gente? —Guadalupe volteaba a todos lados—. Se nota que está muy cabrón el pedo por aquí.

—He hecho muchos trabajos de este tipo. Pero, la verdad, no conozco a quien me contactó. Nomás queda esperar que todo salga bien.

—¡Nombre! ¿Y usted cómo se enredó con esta raza? —dijo al ver que seis hombres armados se acercaban.

—Como usted, Guadalupe. —Agarré mi maletín—. Uno no le sabe decir «no» a los billetes.

Nos saludaron de manera muy amable, como si las metralletas que cargaban fueran de juguete. Esa actitud siempre me daba desconfianza en ese tipo de gente, pues estaban tan acostumbrados a cargar armas que podían darte la mano en un momento, y al siguiente te metían un tiro, si se les ordenaba. Atravesamos un pasillo enladrillado, flanqueado por jaulas de monos. Eran recintos

limpios y bien acondicionados para las especies que albergaban: monos araña, titis, aulladores y capuchinos. Se notaba la mano de algún biólogo o veterinario.

—¿Quién les atiende a estos monos?, se ve que están bien cuidados —pregunté al que tenía por un lado.

—Pues estaba un chavalo. Ya no está —sonrió con aire bur-lón—, pero les enseñó a los jardineros cómo cuidar a los changuitos.

No quise averiguar más, el «ya no está» me había quedado claro. Después del pasillo de los monos, salimos a un jardín grande, parecía un parquecito. En el fondo, al lado de una ceiba, había una jaula rodante, de las que usaban los cirqueros cuando aún tenían funciones con animales. Allí estaban diez hombres; uno se adelantó a recibirnos, le siguieron dos matones enfierrados, se notaba que era el jefe, el mentado Tranquilino.

—¡Muy buenas noches, señor! —Lo saludé de mano y vi de reojo al león: era un adulto joven, de buena complexión física.

—¡Qué bueno que llegó, veterinario! ¿Sí trae la anestesia y todo?

—Claro que sí. Venimos con todo lo que se pueda necesitar. —Alcé el maletín y la cerbatana—. ¿Qué problema tiene el león? Lo veo bien repuesto.

—No está enfermo. Nomás ocupo que me lo duerma.

—¿Van a moverlo de jaula? —Miré alrededor—. Se ve pesado, va a ocupar una camioneta para moverlo.

—Usted nomás duérmalo, veterinario. Ya lo demás que no le preocupe. —Puso la mano derecha sobre las cachas doradas de una pistola que traía fajada a la cintura.

—Usted manda... Nomás una cosa, ¿cómo se llama el león? Sé que suena medio raro, pero me gusta conocer el nombre de los animales que manejo.

—Se llama Clarence —respondió, con media sonrisa bajo el bigote.

Abrí el maletín y preparé el dardo. Me molestó que no quisiera decir para qué necesitaba dormirlo, pero no me arriesgué a seguir preguntando. Clarence saludó restregándose contra los barrotes. Tomé aire para soplar la cerbatana; entró a mis pulmones: cálido y apestando a meados de león. Le di en la pata trasera. Saltó y gruñó, con los pelos erizados. Pasados unos quince minutos, ya había caído. Entré para revisarlo: estaba bien dormido, no tanto como para una cirugía, pero sí lo suficiente para un traslado seguro.

—Ya quedó. Va a tardar por lo menos una hora para que despierte.

Brinqué de la jaula y me topé de frente con un gigante de piel negra, vestido con bata blanca y una tiara de plumas rojas. No lo había visto entre los hombres cuando llegué. Su ropa contrastaba con su piel, como el blanco de sus ojos con sus pupilas. Habló muy rápido, con voz grave y raspada, en un idioma que no pude identificar. Un güey prieto, que apenas me llegaba al hombro, tradujo lo que decía con un cantadito centroamericano.

—¡Gracias, hermano! El sacerdote te invita a quedarte a la ceremonia, si así lo deseas.

La palabra «ceremonia» papaloteó en mi cabeza. Recordé algo sobre una diputada chiapaneca que participó en un ritual en Nigeria, donde habían sacrificado a un león. Entendí por qué necesitaban tenerlo dormido. Lo amarraron de las patas traseras con un cable de acero y lo jalieron fuera con un carrito motorizado. Apreté los puños cuando Clarence azotó contra el suelo al caer de la jaula. Fue arrastrado unos metros antes de quedar colgado, boca abajo, de la ceiba. Los gatilleros no soltaban las metralletas, se notaba que le tenían miedo al animal.

—¿Qué le van a hacer?

—No se preocupe, veterinario. Sé que usted cuida a los animalitos, pero esto es pa un bien mayor. —Tranquilino me dio una palmada en el hombro.

El que había hecho de traductor caminó hacia el león, con un balde en una mano y un cuchillo en la otra. Sin mucha ceremonia, dejó el balde bajo el animal, le rebanó el cuello de un tajo y regresó, absuelto de toda pena, al lado del sacerdote, como un pinche perro bien entrenado. Clarence boqueó con gruñidos y rugidos entrecortados. La dosis de anestesia no era suficiente para no sentir algo así. Cada rugido vibraba fuerte en mi pecho.

—Déjeme ponerle más anestesia. Está sufriendo mucho —pedí a Tranquilino.

—Aquí el compita Dolores que le pregunte a su jefe. —Señaló al que había degollado al león.

—Se tiene que hacer todo mientras aún pelea, para asegurarnos de conservar su fuerza —respondió sin preguntar nada al negro.

—Ya escuchó, veterinario. Hay que aguantar vara.

Los rugidos fueron sustituidos por gorgoteos. Dolores le amarró una cuerda a cada pata delantera y se las dio a los gatilleros. El culero lo desolló sin importarle que siguiera vivo. Pobre animal, nomás temblaba sin poder defenderse. No aguanté más. Aprovechando que todo mundo estaba atento a lo que ese cabrón hacía, preparé un dardo y lo disparé directo a su tórax despellejado. Se escuchó como si una llanta se ponchara. Dejó de moverse casi de inmediato. El negro, que la hacía de sacerdote, paró la trompa como un chango y me señaló con su mano temblorosa. Tranquilino me puso la pistola en la cabeza. Bajé la mirada, los huesos de mis piernas se derretían, apenas podía mantenerme en pie.

—No derrames su sangre, hermano. Ensuciarías la ceremonia —gritó Dolores—. Mejor déjalo, de todos modos, ya está logrado. Libérate de tus prendas y acércate a recibir la protección.

Duré un rato, después de dejar de sentir el cañón frío en mi sien, para animarme a levantar la vista. El brujo negro clavó un cuchillo largo en el león y escarbó como un minero hasta que le sacó el corazón; sus vísceras cayeron a la tierra. Tranquilino estaba arrodillado frente a él, cubierto con la piel ensangrentada de Clarence. El aire apestaba a sangre. ¡Todo apestaba a sangre! Me sentí empapado en la sangre del león, en la sangre de todos. Estaba a punto de tirarme al suelo y revolcarme para secar mi cuerpo cuando una mano huesuda me sacudió el brazo. Volteé esperando ver a la muerte de frente, pero era el taxista.

—¡Vámonos a la chingada, amigo! Capaz que a ese pinche brujo se le ocurren otras ofrendas.

Todos estaban concentrados en el rito, a nadie le importaban el taxista y el veterinario. Caminamos por el pasillo de los monos; no corrimos para no llamar la atención. Atrás de nosotros se escuchaban cantos como los de las tribus africanas en los documentales de la tele: «Ibubesi, ibubesi», gritaban en coro. Los monos corrían histéricos dentro de sus jaulas. Olía a pura mierda de chango. Un macho capuchino, en el último recinto, golpeaba su reja mostrándome los colmillos, como si me quisiera morder.

Subimos al taxi. Rodeamos la casona para regresar por el mismo camino por el que habíamos llegado. En la parte delantera estaba un matón con la metralleta lista a la altura del pecho, era el mismo que había manejado la patrulla. Dejé de respirar, creí que nos vaciaría el cuerno encima.

—Ya vamos pa' tras, oiga.

No respondió ni se movió, nomás apuntaba con la metralleta hacia una pared de la casona, cubierta por enredaderas gruesas. Ya no traía la cara de mamón avalentado, al contrario: le temblaba la mandíbula y miraba a la nada con las pupilas dilatadas, todo

chorreado de lágrimas. El radio en su chaleco estaba encendido, se escuchaba el griterío del ritual. El taxista comenzó a temblar aferrado al volante, parecía electrocutarse. Su ropa se manchó de sangre; el carro entero escurría sangre. Reaccioné antes de que la sangre me alcanzara de nuevo.

—¡Guadalupe! —lo sacudí fuerte del hombro—, ¡písele, cabrón, písele!

Volvió en sí, me miró con los ojos colorados, como si se aguantara el llanto, y aceleró patinando llanta. No pronunciamos palabra durante todo el camino de regreso. Llegamos al estacionamiento del zoológico. Me bajé sin despedirme del taxista, pero apenas había dado unos pasos cuando él me llamó. Estaba parado frente a la cajuela del taxi. Me acerqué, con los dientes apretados, ya no sabía qué esperar.

—¿Qué pasó? ¿Se me olvidó algo?

—A usted no, pero a mí sí.

Metió la mano en la cangurera que llevaba en la cintura. Una corriente eléctrica me salió del pecho y se escurrió por mi piel. Apreté el estómago. Ya lo veía sacando un cuchillo para cortarme el pescuezo.

—Tenga, me lo dieron pa usted cuando andaba metido en la jaula. —Me entregó un fajo de billetes enrollados con una liga.

—La verdad no quiero agarrar ningún pago por esto. —Le extendí la mano con el dinero—. Mejor quédeselo usted.

—No diga eso, oiga. Dios sabe que a usted casi lo matan por hacer las cosas bien. Agárrelo, dele buen uso, quítele lo manchado. Es más, venga pa acá. —Abrió la cajuela y sacó un galón de agua—. A ver, écheme las manos, pa que se las lave.

No sé por qué, pero le obedecí como un niño a su abuelita. Dejé mis cosas en el suelo y extendí mis manos con las palmas hacia arriba.

—Nada quiero y nada tomo de esto —dijo tres veces mientras dejaba caer el agua.

«Nada quiero y nada tomo de esto». Repetí esas palabras muchas veces, cada que necesitaba dinero y recordaba el fajo de billetes. No lo toqué hasta después de un año, en un evento de adopción de perros y gatos. Lo doné todo a un refugio para animales. Ese mismo día te adopté, Mina. Eras tan pequeña que cabías en mi mano. Estabas toda cubierta de tiña. Nadie te querría así. No adoptarte era como dejarte morir.

Ya pasaron quince años desde lo de Clarence. Jamás volví a saber de Guadalupe o del Tranquilino, mucho menos del brujo negro y de Dolores. Tus ojos ya no brillan, tu pecho dejó de ronronear... ¡Descansa, Mina!

CÉSAR BAÑUELOS (Guadalajara, México, 1982). Médico veterinario egresado de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Es autor de *Paraíso mórbido* (Alas de Cuervo, 2024). Textos suyos aparecen en las siguientes antologías de cuentos de terror de Grupo Editorial Letras Negras: *Las fauces del olvido*, *Mentes corroídas*, *Miscelánea de atrocidades* y *La noche del cuervo*. Obtuvo mención honorífica en el Segundo Concurso Internacional de Cuento de Terror de Alas de Cuervo y ganó el Segundo Festival del Horror en las Artes del Instituto Sinaloense de Cultura.

Cuatro poemas

Jorge Orlando Correa

nadie se da cuenta y eso me gusta
siempre estoy escribiendo luciérnagas

lo que quiere decir que escribo
como si fuera antes y después de una lluvia

lo que quiere decir que estas palabras
llevan el aroma de la tierra en pleno agosto

lo que quiere decir que por ahora estoy a salvo
entre verdes naranjas resplandores inquietos

podría escribir sobre la tristeza si no la padeciera
podría escribir algo acerca del mundo
o sobre ti o sobre mí o sobre el presidente

incluso podría escribir sobre escribir

o escribir acerca de la contaminación
de las calles sin alumbrado público
del precio de los plátanos si no lo padeciera

podría escribir lo mucho que extraño
la bahía al atardecer a mis vecinos de Las Casitas
tener 14 y jugar futbol en la cancha del DIF

podría escribir sobre los latidos de mi corazón
frente a una cervecería o algo de esa calma
que siento al leer *La balada del café triste*

podría escribir sobre este día soleado o notas
del primer viaje que recuerdo hacer en carretera

podría escribir un ensayo sobre las fotografías
que guardo en una nevera dentro de mi ropero
pero ya sabes qué pasa

de esta no me salvan
ni las canciones de Mazzy Star

qué haría Carson McCullers
en la misma situación

los niños corren
de mis viejos fantasmas

pero queda terminar la novela
sin dinero ni hambre

mañana perderé
el temor al precipicio

envidio a los pescados
porque pueden morder el anzuelo

yo retiro lo dicho
y me quedo sin dientes

un día a la vez
como dicen los alcohólicos

entre señales que dicen
no hay ciudad

de todos modos
dormirse

mañana será otro día
sin dinosaurios de plástico

perdido en esta era
y no veo al meteorito

sólo la luz
de un faro sin puerto

le pregunto al polvo
como Arturo Bandini

por qué ya no entiendo
el lenguaje de nubes

todas las mañanas

al cepillarte los dientes
tu rostro en el espejo
es un tráiler que se aproxima
escupes y piensas
pastillas para dormir
setenta y cuatro horas más
accidentes en coche ojos
a medio abrir tu boca flores
marchitas sobre una tumba
nubes púas conteniendo
el aire hasta que no puedes
pero imaginas lo pequeño
que debe verse todo
desde la parte más alta
del edificio más alto
en tu ciudad

JORGE ORLANDO CORREA (Chetumal, México, 1992). Es autor de *Ya no hay fechas importantes* (Pinos Alados Ediciones, 2020) y *Akumal 252* (Grafógrafxs, 2023). Textos suyos aparecen en medios como *Punto de Partida*, *Low-Fi Ardentía* y *Tres Pies*. Fue beneficiario del programa PECDA Quintana Roo en 2023, en la categoría de cuento.

En Guadalcanal*

Mario Verdugo

1

AHORA que Whyte sufre de «ideación dipsómana» (98: ¿Dónde está tu chispa ahora?), Witt en cambio se vuelve casi idéntico

al marido que se despereza y dice «¿acaso estás loca?»: él es, caray, el marido desnudo que arroja su chándal sobre el desnudo

torso de su amante y le grita a su blanquísima mujer si tal vez se ha puesto tan loca ahora como para imaginar que..., ya sabes,

seguro que yo, Welsh, sargento primero, soy sólo el anciano que ni muerto, ahora, dejará que los bisnietos o aquel canguro

tragaldabas acaben sisándole el inmarcesible corazón púrpura o, al fin, todas las apestosas cruces negras que ocultó bajo el bergere.

* Del libro *Las mejores series del año* (Pequeño Dios Editores, 2023).

2

LA «ideación prostibularia» del joven Whyte (1998: ¿Quién aviva tu llama ahora?), cuando Witt termina de convertirse

en el marido que es como un gobernante diciendo «ey, ¿acaso se han vuelto todos locos?»: es él, demonios, el Gran Marido

sin ropa, que ahora, ahora, justo ahora, se sacude del desnudo cuerpo de su amante y responde que no hay, nunca ha habido,

nadie más en esa cama mientras yo, sargento primero Edward Welsh, héroe de la apestosa Melanesia, soy sólo un bisabuelo

que exagera y se enfurruña con amigos por asuntos pecuniarios o, al fin, encañona a su enfermera por husmear dentro del trinche.

3

UN apestoso caimán melanesio pende, ahora, sobre el cráneo del teniente Whyte y su «ideación barbitúrica» (año 98: ¿Es este

tu último aliento?), cuando Witt totalmente desnudo como un Gran Líder mira hacia la izquierda y, luego, hacia la derecha y grita:

De cuál pelirroja me estás hablando y dónde dices que se fue: mejor te tomas un descanso y dejas que termine de lavar estas apestosas

almohadas mientras Welsh, es decir, yo, sargento de la Vigésima Séptima División de Infantería, pesco al fin mi gigantesco bastón

de plata o más bien de peumo y avellano y lo descargo, ahora, en la crisma del macarra que se obstina en enseñarme a transferir.

4

MUERE baleada otra apestosa cría de chercán asiático en el alma de Whyte y su «ideación opiácea» (98: ¿Somos todos ascuas

separadas de una misma hoguera?), mientras Witt se empecina, ahora, en decir que nunca pudo haberle dado dinero a ese chico

pelirrojo y desnudo porque, en primer lugar, jamás ha estado ahí realmente desnudo ni tampoco ha sido de veras pelirrojo y

ni siquiera ha habido antes en su cama algo como un chico ni, en su vida, algo parecido a dinero para dar cuando yo, Welsh,

sobreviviente del Pacífico Sur, regreso de esa apestosa caja y pongo, ahora, ahora, recién ahora, el quinto candado a mi velador de raulí.

5

SUENA un apestoso coro melanesio en la «ideación paregórica» del joven teniente Whyte (año 98: ¿Quién nos arrebató esta luz?),

cuando Witt, ex *private* del Primer Batallón de la Compañía C, bello dios yumbelense y, ahora, Gran Marido Desnudo, se escabulle

entre las bofetadas de su blanquísima mujer que es como todo un rebaño, un pueblo, un electorado al que se vuelve a decir no,

no hay ahí, en esa cama, un chico pelirrojo ni tampoco una chica pelirroja mientras el viejo Ed Welsh, ya sabes, por fin querría

persuadirlos de que otra cerradura, un doble fondo, un nuevo baúl de cedro es, ahora, el único modo de cumplir nuestro deber.

6

Todos comienzan a presentir entonces que hay mucho más, ahora, en la «ideación carbonaria» o en la «ideación pirómana»

de Whyte el Moribundo y también (1998: ¿Ves cómo ha vuelto a brillar todo lo que creaste?) mucho más en el apestoso chándal

de Witt y su manera de salir corriendo despavorido y agitar la cabeza de izquierda a derecha cuando un chico despavorido,

pelirrojo y desnudo, pasa corriendo otra vez junto a..., ya sabes, demonios, seguro que también hay mucho más en las gavetas

de mañío obliteradas, blindadas y, desde una oscura guarida, televigiladas, apestosamente encañonadas, por Edward Welsh.

7

BUCLES como manglares envilecen, ahora, la «ideación subtropical» de Whyte el Acribillado (año apestoso: ¿De dónde dices que brota,

verdaderamente, esta terrible crueldad?), cuando Witt, soldado raso y, caray, Gran Cristo Barroco del Vigésimo Quinto Regimiento

de Infantería, rompe las puertas de su armario de lenga porque no, ningún amante se ha ocultado ahí pero tampoco lo ha hecho bajo

aquel edredón que es como un presidente firmando órdenes y, quizá, como el recuerdo de Gaff, como el fantasma de Keck, o como la luz

apagada de Fife y todos sus compañeros muertos en la Campaña de Guadalcanal mientras yo, *sgt.* Welsh, cuento mi dinero y disparo.

Mi blurgrafía

Mario Verdugo

«Si hay algo que nos enseña V. es que todo resulta confundible, ahora mismo» (F. C., 2017). «Nuevo libro de V. y nueva oportunidad para preguntarnos qué es lo poético» (C. G., 2023). «Me parece que lo que está haciendo V. es verdaderamente notable, pero nadie lo nota» (L. L., 2016). «Existe un enorme debate con relación a su prevalencia y curso evolutivo» (D. D., 2007). «Un texto suyo que elige sentarse en un rincón en silencio mientras “sus otros” salen a jugar gritando como desaforados» (F. M., 2014). «El componente alusivo de V. se solaza en la forma de escenas elípticas y misteriosas, acechantes, como unos ojos que nos miran desde las matas. Esas matas pueden llamarse poesía chilena» (K. R., 2012). «Desventajas en ajuste social que se vuelven severas e incapacitantes, aun después de remisión de fases: una disfunción del regulador cronobiológico generando un mecanismo de inestabilidad» (O. O., 2020).

* * *

«Hallo que V. recrea originalmente cosas ya oídas; ciertos giros lingüísticos pasan de ser lugares comunes a ser lugares extraños» (A. F., 2013). «Los sentimientos son intensos y ocurren junto con cambios en el comportamiento y en los niveles de energía, algo que pueden observar las demás personas» (W. W., 1998). «La manera endemoniada con que compone, descompone y recompone

sus poemas convierte a V. en un poeta malo; precisamente lo contrario de un mal poeta, que es lo que surge cuando a la época y a la hegemonía cultural de un país se les dice amén» (M. A., 2024). «Exponiéndose a ciclos regulares de luz y oscuridad puede detener un episodio» (T. T., 2005). «Con ello se establece un contrapunto fundamental: si antes la poesía fue campo de batalla para la figuración en el canon y la exposición del ego, ahora es espacio que reclama el sacrificio máximo» (C. G. A. e I. P. D., 2024). «Escenarios timopáticos: hostilidad: inquietud excesiva» (B. B., 2002). «Entre sus páginas parece soplar un viento incontenible de locura que se aviene muy mal con el talante gris y marchito con que suele caracterizarse a esta nación» (R. P., 2018).

* * *

«Construye un zombi discursivo, un esperpento que arrastra a la provincia chilena en forma de estructura repetitiva» (C. G., 2012). «Al realizar una exploración a través de IRM no se ven alteraciones, pero sí aparecen con una prueba TEM» (T. T., 2005). «Pone sobre la cuerda floja a los conceptos relamidos sobre lo provinciano y logra resignificarlos con una carga que obliga a repensar» (V. Z., 2022). «En este caso, el pronóstico suele ser peor» (D. D., 2007). «V. selecciona y combina restos simbólicos y materiales de la zona del Maule para construir un imaginario despojado de símbolos nacionales y deformado por referentes del mundo sci-fi y de la cultura de masas» (C. C., 2021). «Por lo tanto, se hace factible monitorizar la aparición de signos» (R. R., 2010). «¿Han visto cómo se ven los terrenos del campo desde una avioneta? Cuadrados, cuadrados junto a cuadrados, pero ricos en matices, colores, densidades, y siempre con alguna clara señal de vida: así se ven los poemas de V» (K. R., 2012).

* * *

«Sería muy raro que alguien vaya a premiar este libro de V. Ciertamente es un libro escrito para no satisfacer el gusto de nadie. He ahí el punto de su intransigencia» (G. C., 2017). «Recidivante» (P. P., 2014). «El sistema que abre es imposible de minar y, sin embargo, es exactamente sí mismo: nunca he visto estas imágenes. Pero las reconozco: son la sentencia o los pilares de otra cosa que ni existe ni se puede reconocer» (M. B., 2023). «A pesar de ser un efecto idiosincrático, lo que se advierte es un buen perfil de seguridad y un patrón de tolerabilidad intermedio» (R. R., 2010). «Lo de V. es hacer del poema un espacio para la dislocación del sentido de las palabras en función del libre juego de sus cualidades sonoras, vocálicas, eufónicas y hasta catatónicas e hipomaníacas» (J. O., 2023). «Presenta un discurso presivo, tangencial y con asociaciones laxas» (R. R., 2010). «Podría perfectamente escribir otro tipo de poesía, pero no quiere» (F. C., 2017).

* * *

«Su cazurrería paródica es “personal e intransferible”; por eso emociona, porque es parte de una manera de ser y estar, en la literatura y en la vida» (A. F., 2013). «Pareciera que el autor intenta ponerles piedras en el camino a los lectores, aunque también podría tratarse de secretas señales de ruta» (C. G., 2023). «Los mecanismos que fundamentan un espectro tan amplio de acciones aún no se conocen bien» (R. R., 2010). «El efecto de lectura es que no se sabe si lo escribió él u otra persona (¿importa?). En esa frontera se difumina el autor y al mismo tiempo es un gesto autoral» (S. G. M., 2023). «Comorbilidad» (D. D., 2007). «Que V. publique un libro siempre es buena noticia: acá vuelve a la idea de

la periferia, de las formas en que se lee, se representa y se estereotipa el territorio desde la literatura chilena» (E. E., 2022). «Como el andrógino de Aristófanes, como el *symballein* o como en toda *figura de sentido*: el nombre que comparten es una señal de que ambas partes estuvieron juntas y volverán a juntarse. Creo que V. ha explorado este efecto» (M. B., 2023).

* * *

«La cultura chilena siempre se ha pensado en vertical: de norte a sur, con un gran centro panóptico. Pero V. lleva años instalando otra forma de imaginarla: quizá Chile se leyó mal desde el principio y llegó la hora de pensar transversalmente, no en el sentido de la Panamericana, sino de cordillera a mar» (J. T. L., 2022). «Su segunda diana es bloquear canales de glutamato con voltajes altos» (R. R., 2010). «Uno de los intentos poéticos más desafiantes para pensar los modos de asociación y conflicto entre centro y provincia» (H. H. P., 2021). «La figurada irrealidad de un producto tan detallado espeluzna» (J. I. S., 2018). «Manifiesta interés y placer por los sonidos del habla, y ello viene a ser una cualidad distintiva de su propuesta» (J. M. V., 2017). «V. reimagina lo local dentro del capitalismo en su etapa global tomando la distancia de un extraterrestre» (C. C., 2021). «Un conjunto de dones sofocados y que han desembocado en los síntomas ya conocidos de esta oscilación» (T. T., 2005).

* * *

«Su lenguaje nos deja pegados a la hoja impresa» (B. G. V., 2012). «¿Desde qué lugar lee V.? Hay ilusiones, fracasos, ternura en estos retratos» (R. M., 2019). «Presenta un empeoramiento estacional

en el verano» (W. W., 1998). «Ejercicio pictórico o cinematográfico atractivo. No obstante, se echa de menos una mayor ruta de escritura. El Organismo Nacional, conforme a sus facultades legales y reglamentarias, ha resuelto no seleccionar su proyecto» (C. N. L. L., 2018). «V. forja el moderno Prometeo juntando cuerpos y páginas, cociendo la carne de la memoria bajo el argumento de lo inédito» (O. B. B., 2012). «¿Qué chucha es la poesía entonces? ¿Palabras? ¿Canciones? ¿Actos performáticos? ¿Gestos?» (L. L., 2016). «Puede ser eficaz como dosis de mantenimiento, según indicadores de irritabilidad en los periodos intercríticos» (O. O., 2020). «Usa numerosos recursos literarios, experimentando con el lenguaje. No obstante, el texto es excesivamente críptico. El Organismo Nacional ha resuelto no seleccionar su proyecto» (C. N. L. L., 2017). «Dificultad para contrarrestar la tensión y el sufrimiento derivados» (O. O., 2020). «La poética de V. se adentra con entusiasmo en una liberación rabiosa de los significantes que, en este tiempo y en este contexto, no podemos más que considerar ultrasaludable» (C. G., 2023).

FIN

MARIO VERDUGO (Talca, Chile, 1975). Sus libros más recientes son *Las parejas hétero del siglo veinte* (2017), *Glacis* (2022), *Las mejores series del año* (2023) y *Aliosha* (2024), además de las *plaquettes Absolutamente moderno* (2017), *Desnudos justificados por el guion* (2021) y *Próspera* (2024). Es integrante del colectivo artístico Pueblos Abandonados. También es autor de *Arresten al santiaguino! Biblioteca de autores regionales* (2018, Premio Manuel Montt) y de *Curepto es mi concepto. Ensayos sobre literatura y territorio* (2022, Premio Mejores Obras Literarias).

Señores

Lolbé González

Señores que usan el pantalón debajo de donde termina la panza. Señores que te dicen «claro que sí, preciosa». Señores que se comportan como si fueran tus padres. Señores provisionales esposos que contratas para que cambien un foco y te sugieren reubicar la habitación. Señores que pierden el sueño o la calma por la noche. Señores porque algo pasa y punza y quema, pero no se sabe el qué. Señores a los que se les perdieron los diccionarios en donde estaba la palabra para nombrar el eso. Señores que dan el dato cultural posrevolucionario y decolonial. Señores capaces de resolver en un tris lo complicado, que abren la puerta o cierran el paso. Señores que dicen «buenas tardes» o no te contestan el saludo. Señores que te insultan si tú no les contestas. Señores estacionados a los costados de los parques porque esperan a alguien, quieren agarrar wifi o necesitan un respiro porque en la casa se asfixian y ninguna ventana se abre. Señores con monedas en los bolsillos olvidando las carteras y las llaves, pero no el celular. Señores dos o tres chistes repetidos en cada almuerzo familiar. Señores que no pueden parar de mirarte. Señores que no te ven aunque te dirijas a ellos para hacerles una pregunta acerca del producto que te están vendiendo; que te gritan cosas por la calle y se hacen pequeños niños cuando te quedas viéndolos fijamente. Señores dispuestos a empujar contigo el automóvil que se ha quedado detenido a mitad de la avenida. Señores que dicen «es muy sencillo» y en verdad es sencillo para

ellos. Señores que son como llegar a un lugar en el que un rubro de inconvenientes vitales ya no va a existir. Señores a los que hay que descifrarles los silencios y señores demasiadas palabras. Señores que miran por la ventanilla mucho rato y piensan en cosas que no van a decirle a nadie. Señores buscando toda la vida a su madre. Señores generosos que te invitan un trago a ti y a todas tus amigas. Señores que se consideran diferentes de todos los otros señores del mundo, y los que te escuchan como nadie. Señores recién bañados y perfumados, a los que dan ganas de abrazar. Señores con camisa de cuello redondo. Señores con incipiente barba de tres días. Señores concentradísimos en cualquier tarea. Señores que no saben en dónde están las copas de vino de su propia casa. Señores con cara de niño, a los que provoca cuidar. Señores que llevan un adolescente adentro que no sabe si tirar la piedra o salir corriendo. Señores unidos a su padre por el fútbol de los domingos y un mensaje que dice: «pinche árbitro culero». Señores última pieza de un edificio que está por colapsar. Señores muriéndose de hambre frente a la comida encerrada en los contenedores del refri. Señores conmovidos por su propio rostro reflejado en la pupila del hijo. Señores que cuentan cuentos antes de dormir. Señores que quieren algo. Señores con su deseo lejos de las manos intermediado por preguntas de toda clase.

LOLBÉ GONZÁLEZ (Mérida, México, 1986). Maestra en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Yucatán. Es docente en la licenciatura en Lengua y Literatura Modernas de la Universidad Modelo. Es autora de *Quiscalus mexicanus* (Grafógrafxs, 2022).

Jardín delantero, una plegaria de hierba

Adelle Stripe y Lias Saoudi

Arás quedaron las atestadas carreteras principales. Bashir miraba fijamente hacia las calles sombrías mientras avanzaba a lo largo de Wakefield Road, en su Datsun destartalado, hacia el centro de la ciudad. Le sorprendió la falta de color. En Huddersfield todo era negro: las casas, las fábricas textiles, las tiendas, las banquetas. Las cenizas del carbón se quedaban adheridas a los muros de ladrillo. En una región que prácticamente vive del carbón, los restos de este eran un sello que definía el paisaje de este lado de los Apeninos. Si las cenizas reposaban en los exteriores de cada edificio o el polvo se esparcía en los marcos de las ventanas, estaba casi por demás afirmar que todo eso se había colado igualmente a los pulmones de sus habitantes.

Bashir encendió la radio. Buscaba la sintonía para poder escuchar el comentario sobre el fútbol de primera división. Paró el dial en una estación local que ponía los éxitos de los Commodores, Gary Glitter y Demis Roussos. Afuera, las chicas con cabello largo y faldas cortas caminaban a lo largo de la calle, justo al lado de su asiento de piloto. Al mismo tiempo los camiones salpicaban las piernas de las chicas con el agua de los charcos de lluvia. Ellas eran más blancas que ninguna otra chica que hubiese visto antes, casi de un azul pálido en algunas partes de su piel. Entonces se preguntó si había en absoluto algo como la luz del sol en esta parte de Yorkshire.

Bashir bajó la ventana para quitar lo empañado del parabrisas y comenzó a cantar en ese idioma que aprendió al mirar las telenovelas en un televisor con antena aérea en su posada de Norwich. La familia anfitriona, bajo su propia manera apocada, se había convertido en una nueva vida para él. Ese fue un lugar de liberación para él, en el cual, pese a toda su deprimente setenterés, pudo apreciar la extraña comida inglesa con todo y sus salchichas insípidas, puré de papa hecho a base de polvo, los chícharos enlatados, ese pan blanco con su margarina en un platito; una oferta exótica para él.

Ese invierno había llegado procedente de un liceo de la costa norte de Cabilia, Argelia. Un niño inteligente y precoz. Fue seleccionado como uno de los trescientos del este de Argelia para poder unirse a este colegio de élite. Bashir había sido enviado desde su pueblo Bereber, en la campiña de la montaña Djurdjura, gracias a una beca. Decidido a abandonar el caos de la postguerra civil en su país, pronto encontró que su lengua materna era prohibida por las autoridades a cargo. Cualquier estudiante hallado hablando cabili era reprendido, mientras que el gobierno del FLN había decidido reemplazar el francés por el árabe, lo cual trajo una situación desconcertante para Bashir, quien entonces tenía que hablar tres idiomas fluidamente para sobrevivir. Lo supo cuando uno de sus «amigos de la escuela» fue desaparecido por la policía secreta tras haber escondido en un *locker* un libro escrito en su lengua vernácula, que para entonces su uso ya estaba prohibido. Bashir rápidamente leyó esto como una señal para dejar el país a la primera oportunidad.

Antes de ser transferido a la soporífera ciudad de Norwich, Bashir pasó un mes aprendiendo inglés en Algeciras. Ya en Norwich, recibió la carta que le informó que pasaría los próximos tres años estudiando en una ciudad llamada Huddersfield. Se encontró

perplejo ante el ofrecimiento de ser uno de los cinco estudiantes que provenían de África del norte aquel año. No sabía nada de esa ciudad, más allá de la figura de Bill Shankly, quien alguna vez llegó a dirigir al Huddersfield Town. Eso lo pudo saber porque de acuerdo con el patrocinador de la Compañía Petrolera Argelina ICI, tenían una planta en esa ciudad, un hecho que él recordó mientras manejaba hacia ahí y elaboraba notas mentales sobre los empleos que podría solicitar una vez que llegara el momento de buscar uno.

Tan sólo dos meses antes Bashir había caminado a través del control migratorio en Heathrow. Llevaba un portafolio café, se lo había dado su padre, Kaci. Sonreía con la felicidad y el desahogo de la oportunidad que yacía frente a él. Cuando después de aterrizar en la terminal aquel día vio por primera vez unos sanitarios ingleses, se les quedó mirando con asombro. Eran los más limpios que jamás había visto. Mientras orinaba en el mingitorio de cerámica, sonrió a su amigo, quien estaba en el de al lado, ambos incrédulos ante tales instalaciones. Era como si se estuvieran adentrando en un portal hacia otra dimensión.

El paisaje urbano que Bashir encaraba desde la ventana de su habitación era de una tristeza clara. Las chimeneas bombeaban el humo desde los techos, el cual se mezclaba con las densas fumarolas de diésel para formar una neblina de ceniza, la que se expandía por todo lo alto de la ciudad: una nata turbia, norteña, que nunca aclaraba. Mirando desde la estancia estudiantil hacia los edificios, la lluvia creaba un contraste sucio con el ambiente seco e iluminado por el sol de Maillot, el pequeño pueblo que había dejado atrás Bashir. Olivos, cerezos, corchos, palmas de dátiles ya se habían vuelto un recuerdo lejano, por lo que ahora cada día añoraba la luz y el calor. Creía que su sangre poco a

poco se iría congelando mientras más tiempo estuviera en el desolador paisaje industrial de West Reading.

Aunque le resultaban poco familiares las vistas de los molinos, fábricas, casas adosadas, la gente de Yorkshire le recordaba a aquellos con quienes creció. Pese a su apariencia adusta y su actitud de quejarse apretando los dientes, había un grado de su actitud que los relacionaba con los de Cabilia: era lo estoico, la terquedad y lo separatista. Ambas regiones son militantes de sus convicciones políticas. En los fines de semana conducía a los pueblos de alrededor y bebía cerveza tibia en lugares con nombres singulares que sufría para pronunciar: Nethertong, Slaithwaite, Mytholmroyd. En las salitas de estar de los *pubs* y las salas de billar llenas de humo se ponía a platicar con los viejos pillos que habitaban esos lugares. Era casi como sentirse de regreso en el corazón de Cabilia.

En esas cantinas norteñas la gente era cálida y cordial, nunca se sintió amenazado. Le enseñaron a hablar en un inglés de York con argelino mientras se deshacían de risa ante sus intentos de hablar en el rico caló de los locales. Finalmente había encontrado un lugar que sentía como su hogar.

Cuando llegó la Navidad comenzó a frecuentar los bares y clubes nocturnos de Huddersfield, en particular uno de mala muerte que se llamaba Johnny's. Ese lugar siempre estaba rodeado de borrachazos de Yorkshire, quienes se disfrazaban de vez en vez de *droogs*, como los de *Naranja mecánica*; bailarinas turcas; apaches, y conejitas de Playboy. Ahí podía bailar hasta morir, hablar con chicas, beber hasta salir el sol y perderse.

Fue en una de esas salidas a Johnny's cuando Bashir colisionó con esta chica llamada Michelle, quien frecuentemente pasaba sus fines de semana bailando en los clubes de la ciudad antes

de checar su entrada en el primer turno de una fábrica textil. Se conocieron una noche bajo la bola disco de espejos, mientras las mujeres bailaban alrededor de sus bolsas al *beat* de *Dreadlock Holiday*. Le invitó un vaso de Babycham, y ella besó al atrevido argelino, mientras pasaba sus dedos a través de los rizos de Bashir y se reía de su forma de bailar y de sus chistes bobos. Estar con él fue el escape perfecto del traqueteo de los telares.

Y no piensas mucho en qué tipo de rareza te metes. Después de todo, son tus padres. Y no es sino hasta mucho después en la vida que te das cuenta de que tu familia está torpemente cabalgando sobre dos mundos ampliamente irreconciliables.

La afición de mi madre por lo «otro», lo exótico, el joven moreno, apuesto y extraño del bar, con su afro y ese inglés de mierda. Todo ello no necesita mucha explicación: la aburrición del norte inglés. Dicho eso, desde que se había mudado de nuevo a Yorkshire, después de haber estado en Irlanda del Norte por un año y finalmente volver a Scarborough, el lugar de su niñez, después de treinta y nueve años en el exilio, eventualmente había estado exultante, con anécdotas de cómo este milagro pudo suceder.

Nota del traductor

«Jardín delantero, una plegaria de hierba» es un fragmento del libro *Diez mil disculpas, Fat White Family y el milagro del fracaso* (White Rabbit Books, 2022). Es el retrato de la banda ¡¿británica?! Fat White Family, en el que sus integrantes recuerdan de manera distinta el mismo suceso, ya sea por rebeldía, intoxicación o por el caos de ser un grupo de rock. La realidad embellecida y reimaginada se utilizó para crear una biografía ficticia con versiones alternativas de hechos históricos.

Traducción de Fred Castillo Dávila

ADELLE STRIPE (York, Reino Unido, 1976). Estudió un doctorado en Investigación de Escritura Creativa. Sus libros más recientes son *Some Things Are Better Left Unsaid: Love and Loss in London* (2008); *Sweating Tears with Fat White Family* (2019), y, en colaboración con Lias Saoudi, *Ten Thousand Apologies: Fat White Family and the Miracle of Failure* (White Rabbit Books, 2022).

LIAS SAOUDI (Irlanda, Reino Unido). *Ten Thousand Apologies: Fat White Family and the Miracle of Failure* (White Rabbit Books, 2022), coescrito con Adelle Stripe, es su primer libro. Textos suyos aparecen en la antología *The New Frontier: Reflections From the Irish Border* (New Island Books, 2021).

Libros y lecturas

Jaime Pinos

1. ¿Qué representa para ti un libro?

Me gusta eso de Alexander Kluge: «Para mí los libros no son papel impreso; son mapas de experiencia humana». Creo que mi compulsión lectora, mi amor fetichista por los libros, viene de ahí. Los libros que he leído dibujan mi propia cartografía de la experiencia humana. Los libros son, concretamente, pasajes, vías de comunicación y contacto con otras vidas, otros ámbitos, otros mundos.

2. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?

Me formé como lector primero en la literatura latinoamericana. Luego mis lecturas fueron expandiéndose. Más que autores, pienso en ciertas escrituras que han sido importantes en mi biografía de lector. Desde luego, la poesía chilena se fue convirtiendo en la principal caja de herramientas para desarrollar mi propia escritura. La lista de autores sería larga y no soy muy dado al *name-dropping*.

3. ¿Qué te han regalado los libros?

Creo que la lectura es un trabajo. No espero, por lo tanto, que un libro me regale nada. De hecho, a menudo los libros difíciles, los que exigen al lector, son los que dejan más. Los libros a los que se vuelve son aquellos que plantean problemas nuevos en cada lectura, los que no te regalan nada, sino que te ponen a trabajar.

4. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?

No soy hijo de intelectuales, pero mi padre leía mucho y había en la casa una pequeña biblioteca. En ella convivían novelas, algo de poesía, varias enciclopedias, algunos libros de historia. Esa pequeña biblioteca surtió mis primeras lecturas. Cuando recuerdo a mi padre, muchas veces lo veo leyendo. Recuerdo su rostro, su expresión plácida, absorto entre las páginas del libro que tenía entre las manos. Me parece que heredé de él el placer de la lectura. Un lector viene casi siempre de otro lector.

5. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?

No recuerdo algún libro en particular. Lo que me ronda en la cabeza es no perder del todo la inocencia de esas primeras lecturas, la fascinación que me provocaron esos primeros encuentros con los libros. También el desprejuicio con que enfrentaba esas lecturas, algo que tal vez se va perdiendo con los años.

6. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?

No tengo un plan sistemático de lecturas; un libro lleva a otro, generalmente. Sin embargo, a algunas escrituras les he dedicado una lectura más extensa y más profunda. Ya sea por afinidad estética y poética o porque alimentan líneas de investigación que he desarrollado durante largo tiempo.

7. ¿Qué libros están presentes en los tuyos?

Mis libros están hechos de otros libros. Practico la cita, declarada o encubierta, como una forma de construcción textual muy importante. Mi escritura se juega, en gran medida, en ese trabajo de segunda mano del que hablaba Antoine Compagnon. Mi interés

por el ensayo, como ámbito de pensamiento y escritura, refuerza esta presencia de los libros ajenos en los míos.

8. ¿Qué libros has releído?

Menos de los que quisiera. La relectura es una práctica lectora que, tal vez, aparece con más urgencia en la madurez de un lector; un lector que ha leído mucho y comprende, en el cuerpo, el tiempo y la energía que implica vivir una vida de lector. Ante la imposibilidad manifiesta de leerlo todo, cobra sentido volver con más asiduidad a ciertos libros alrededor de los cuales uno se ha mantenido orbitando.

9. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?

Mi biblioteca está compuesta por algunos cientos de libros y sigue creciendo. Eso a pesar del problema, cada vez más complejo, que esa proliferación implica a la hora de las mudanzas. En ella puede encontrarse mucha poesía, historia, filosofía, libros sobre fotografía y cine. Pero, sobre todo, el rastro biográfico de un lector que ha explorado en esos libros para encontrar su propia escritura y su propio pensamiento.

10. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?

Me han impresionado, han dejado una impresión o una huella en mí, muchos libros. De alguna manera, la personalidad de un lector va moldeándose en esas lecturas que dejan una impronta y a las que siempre se vuelve.

11. ¿Qué significa para ti publicar un libro?

«Escribo, ergo el otro existe», escribió Enrique Lihn. Publicar, poner a disposición de otros un libro, es un gesto de apertura que,

para mí, completa el sentido que tiene realizar el trabajo solitario de la escritura. Un libro es un lugar de encuentro y una forma de conversación con otras personas, sus imaginarios, sus experiencias.

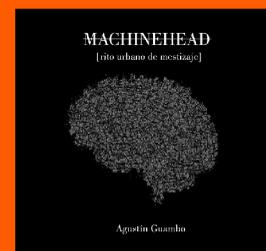
12. ¿Con qué autores te nutres actualmente?

Ahora mismo, estoy relejendo *Los Cantos*, de Ezra Pound. Como pasa con los libros importantes, compruebo cómo permanece intacto su alto poder nutritivo.

13. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?

En principio, ningún libro me causa antipatía. Lo que me producen algunos libros es, más bien, una profunda indiferencia.

JAIME PINOS (Santiago de Chile, 1970). Poeta, escritor, editor y productor. Estudió Sociología y es licenciado en Literatura y Lingüística por la Universidad de Chile. Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *Visión periférica* (ensayo, 2015), *Trabajo de campo* (antología, 2017) y *Documental* (poesía, 2018). Fue creador y editor del sello independiente La Calabaza del Diablo y de la revista homónima. Integrante del colectivo editorial Lanzallamas. Ha practicado la crítica literaria en diversos medios impresos y digitales. En 2017 recibió el Premio a la Trayectoria Poética de la Fundación Pablo Neruda.



Descarga los libros de la colección **En Marte aparece tu cabeza** en grafografxs.uaemex.mx



ROUBAUD • PINEDA • CAMACHO • BAC • SHUNNARAH • ALDIRAWI
ROSAS • BAÑUELOS • CORREA • VERDUGO • GONZÁLEZ
STRIPE • SAUDI • PINOS • VILLANUEVA

